

NO. 3 - ENERO 2026

revista

musa

literaria



revista

musa

literaria

DIRECTORIO

Director y coordinador general

Lic. Jorge Alberto Muñoz Santana

Diseño editorial y corrección de estilo

Lic. Anel Romero Quezada

Selección editorial

Lic. Jorge Alberto Muñoz Santana

Contacto

Correo principal: talleresliterarios.js@gmail.com

Instagram de talleres: @inefable_talleres

Instagram de revista: @musaliteraria_revista

Blog: www.musaliteraria.com / www.inefableliterario.com

Más informes: +52 5646645456

revista
musa
literaria

Revista MUSA Literaria, núm. 3, enero 2026, es una publicación semestral editada por su propio equipo editorial, el cual se reserva el derecho de corrección ortotipográfica sobre los textos recibidos. Dichos textos, previamente seleccionados, se publican bajo criterio alfabético según su categoría. Guadalajara, Jalisco, México. Tel. 5646645456. Correo electrónico: talleresliterarios.js@gmail.com. Editor responsable: Jorge Alberto Muñoz Santana. Revista digital gratuita distribuida a través de www.musaliteraria.com. Todos los derechos corresponden al director, editor y autores.

Las opiniones expresadas por los autores en sus obras no necesariamente reflejan la postura de esta publicación; Revista MUSA Literaria tiene por objetivo la divulgación literaria sin fines de lucro. Se prohíbe la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de Revista MUSA Literaria sin autorización previa.

EDITORIAL

Llegamos al tercer número de la *Revista MUSA Literaria*. Con la llegada de este 2026 también llegan cambios significativos para estos proyectos que conformamos en conjunto. Desde el 2023, cuando impartí el primer taller de Novela Negra, mis deseos eran materializar sus trabajos en una revista que pudiera ser difundida de manera gratuita a través de internet. Es por eso que el año pasado nació *MUSA*.

Sin embargo, había algo que faltaba para construir la identidad de nuestra comunidad. La llegada de enero trae consigo el cambio de nombre. **Inefable: Talleres Literarios** es ahora el espacio en donde podrás formarte para pulir al escritor que llevas dentro, con cursos de escritura creativa y temas literarios específicos (enfocados en el horror, terror y lo latinoamericano).

En este número encontrarás los textos pertenecientes a dos generaciones del Taller de Escritura Creativa, impartido en la segunda mitad del 2025; así como también los textos inéditos de los alumnos del primer taller Escribe Terror, enfocado en la creación de relatos del género (por lo que uno que otro de los textos aquí reunidos te podrá sacar un susto).

Como director del proyecto, y en compañía de mi colaboradora Anel Quezada, me siento muy orgulloso del avance que hemos conseguido en este tiempo. Vamos por un 2026 lleno de metas, de retos por cumplir, de libros que leer y, sobre todo, de múltiples historias por contar. Que este tercer número sea solo el preámbulo de todo lo que nos espera por crear.

Bienvenido, pues, a esta experiencia literaria. Déjate llevar por cada uno de estos relatos y microcuentos, y si te gustan, ayudarías muchísimo compartiéndola para que llegue a más personas.

-Jorge Santana

ÍNDICE

ASALTO	7
OMAR EMILIANO GARCÍA VIDRIO	
DIARIO DE UNA METAMORFOSIS	9
MARTHA GERMANA GUTIÉRREZ PACHECO	
¿DÓNDE ESTÁ?	16
BRENDA HERNÁNDEZ	
LAS CUALIDADES DE UN ELEFANTE	23
ÁNGEL FABIÁN HERRERA PAPAQUI	
QUÉDATE	29
KHALAM	
PROBADOR	36
ITZEL ORTEGA	
LA TRANSICIÓN DE LAWRENCE ALDEN	39
YVES ARTURO ORTÍZ RÍOS	
SOMBRA DE DESEOS	44
URIEL PLACENCIA	
LA SECTA	50
JUAN PABLO PRECIADO BERNAL	
IAI	57
JAVIER SAINZ	

CAFÉ EL CREDO	63
LIGIA SILVA	
LA MOJADA	68
EL VAGÓN DEL METROBÚS	70
POLVO O MAÍZ.....	72
RUBÉN ROSARIO VICARRO	

ASALTO

OMAR EMILIANO GARCÍA VIDRIO

Por fin, un nuevo celular. El viejo, un Alcatel con más cintas que estrellas en el universo, ya no quiso cargar; pero, por fin, me he comprado otro y, lo mejor de todo, de contado, así me libraría de los sucios intereses. Iba caminando por la calle, con la caja del celular en la bolsa de la chamarra, había acabado de llover, solo cruzaría la avenida para tomar el camión, llegar a la casa y estrenarlo.

Estaba a punto de subir el puente peatonal cuando me embargó un pensamiento horrible *¿Y si me asaltan?* Hace un mes unos fulanos se habían subido al camión y, con su acostumbrado “¡Celulares y carteras!”, empezaron a despojar a la gente de sus pertenencias; aunque al pobre Alcatel ni le hicieron caso porque cuando lo vio, el tipo solo se rio y pasó de largo. Me sentí ofendido ese día.

Vi las escaleras que subían al puente, recién mojadas por la lluvia. *No estés pensando chingaderas, no puedo tener tan mala suerte, no, no va a pasar nada.* Subí las escaleras y cuando llegué al largo corredor para cruzar, estaba desierto. Empecé a avanzar; noté que más adelante, como a la mitad del puente, faltaba un buen pedazo de suelo, resultado, seguramente, de la temporada de lluvias. Me paré un instante, dudando si continuar o no, pero seguí. *No soy tan tonto como para caerme por ahí.*

Por el otro extremo del corredor acababa de subir un muchacho. Traía camisa de resaque y short. Lo primero que pensé fue *¿no tendrá frío?*, pero enseguida mi mente captó otra característica en su vestimenta: la gorra y el cubrebocas. Típica indumentaria de los asaltantes hoy en día. *Ya valió grillo y yo con mi celular nuevo; no, no puede ser, solo es un muchacho y ya, no hagas caso de apariencias, tú tranquilo, sigue caminando.*

Iba llegando a donde estaba el hoyo cuando nos cruzamos, ahí fue que mis peores sospechas se confirmaron. El muchacho sacó un picahielos de la bolsa de atrás de su pantalón y dijo:

—Zaaaas. Saca todo lo que tengas, no estoy jugando.

Chingadísima madre, ¿por qué a mí? y justo hoy y justo donde está el hoyo como para que no haya pa' dónde moverme, si tan solo... Pero me detuve a medio pensamiento, vi al muchacho, vi el picahielo, vi el río de carros que corría bajo nuestros pies y vi el hoyo. Parecía llamar me, parecía ser mi única salida, mi salvación. Lo seguí observando, la endulzante y tentadora voz del vacío, era una gran caída.

—Zaaaas —repitió el asaltante—. Apúrate si no quieras que te deje todo picoteado.

Me acercó el picahielo al estómago, sentí su filo, se me aceleró la respiración. *Decídete, es que te quiten por lo que has trabajado los últimos cuatro meses de tu vida o saltar.*

—Rápido, hijo de la chingada. ¡¡¡Rápido!!! —gritó el asaltante encajándose más el picahielo.

Era cuestión de ya. Volteé a mi izquierda y vi que se acercaba un tráiler. Si calculaba bien, caería en la caja y no dolería tanto el golpe. *Solo eso, un brinquito y te salvas.*

Agarré fuerte la caja del celular en la bolsa de la chamarra, me aferré a él como si fuera lo máspreciado que tenía en la vida y salté.

Había calculado mal, el tráiler pasó y caí en el duro y húmedo concreto; por poco me atropellaba una camioneta que iba pasando, se frenó en seco al ver mi cuerpo caer.

—¡Lo mataste, papá! ¡Lo mataste! —gritaba la niña que estaba en el asiento del copiloto.

Cuando desperté en el hospital, creía que seguía aferrando la caja con la mano; tenía el puño fuertemente cerrado, pero no agarraba nada. Le pregunté al doctor que dónde estaban mis cosas, dónde estaba mi celular. El doctor solo dijo:

—Cuando te trajeron aquí no traías nada, ni teléfono, ni cartera, ni siquiera zapatos —. Puso una mano en mi hombro magullado y me miró con sus penetrantes ojos—: Pero lo material es lo de menos, hijo, lo importante es que tienes vida.

Omar Emiliano García Vidrio: (10 de agosto, 2007). Estudiante de la Licenciatura en Arquitectura de UDG. Encuentra en las letras y en la lectura una distracción que alimenta su espíritu creativo. Impartió el taller *Literatura Actual*, donde compartió sus conocimientos literarios sobre terror, fantasía y ciencia ficción. En sus tiempos libres disfruta de dibujar y hacer cortometrajes en *stopmotion*.

DIARIO DE UNA METAMORFOSIS

MARTHA GERMANA GUTIÉRREZ PACHECO

Podía sentir arañas caminando por mi garganta.
Sus delgadas patas arrastrándose sobre tejido blando y telarañas

bordándose

de

pared

a

pared.

LLEGADA

Siluetas distorsionadas de árboles y montones de carrizo bailaban con el aire; recuerdos visuales que se asomaban por las ventanas del carro cada vez que nos alejábamos del hospital. Mientras tanto, la radio reproducía *Sweet home Alabama* como si comprendiera mi añoranza por regresar a casa. Pablo, mi tío, permanecía callado y atento al camino. Antes de subir al vehículo, esperaba que me saludara con aquel cariño paternal que siempre me mostró, mas solo abrió la puerta del auto y sonrió por simple cortesía. No estaba molesto, pero tampoco se alegraba de mi retorno. Tal vez mi presencia se había convertido en una suerte de infortunio. Tal vez yo era la personificación de los malos recuerdos.

Cuatro canciones después llegamos a casa. Bajé mi equipaje mientras mi tío tomaba un maletín con papeles del asiento delantero. Frente a la puerta de la casa estaba Matilda, mi hermosa tía de ojos grises. Me adelanté para saludarla. A diferencia de mi tío, ella me recibió con el abrazo más largo que hasta la fecha he experimentado. Enseguida, sus labios delgados pronunciaron la palabra *mantis*, frunció el ceño con desconcierto y su dedo índice apuntó hacia la maleta en mi mano: una prominente mantis hoja posaba sobre el broche. Ambas sabíamos que su presencia proclamaba noticias mudas: para ella, fortuna próxima; para mí, grandes cambios. Pablo retiró la mantis con un mínimo aleteo de mano y entramos a casa. Ella cogió mi maleta y la reposó sobre una de las paredes, después señaló el pasillo con su mirada; mientras yo reconocía la casa ella atendería a mi tío. Aún me causaba intriga aquella maletita de la que no se apartaba Pablo.

Recorrió la casa. Seguía siendo una construcción grande con paredes rubio terciopelo y franjas de madera de toque rústico deteriorado a los ojos, como si las termitas fueran a salir de la madera en cualquier momento. Los cuartos conservaban un olor a cartón viejo y humedad: hacía tiempo que las cajas sobre las mesitas y el suelo resguardaban libros y utensilios viejos, seguro ya habría algo roto. El almacén y estudio lucían abandonados, como tesoros percutidos, esperando a ser encontrados por un transeúnte. El patio no era diferente al resto de la casa. Cada paso era como pisar el diminuto, pero escandaloso, caparazón de los caracoles. No habría manera de fingir que no se vaga en derredor del ciruelo pálido y desnudo.

Examiné la casa a excepción del segundo piso. Me rehusaba a subir las escaleras. Todo había comenzado arriba. Todo... en aquella habitación del fondo. Apenas entré del jardín, mi tía posó su mano sobre mi hombro, impulsándome hacia la cocina. Para cuando tomé asiento, de sus delgados labios salió una serie de palabras que me resultaron altisonantes:

—En tres días ellos llegarán a casa.

DÍA 1

Aleteo.

Desperté, acostada sobre el sofá de ébano, apenas sentí una ligera brisa sobre mi rostro. Ahí estaban. Un par de alas del tamaño de una mano; rubíes, espinelas y tanzanitas... de matices multicromáticos ante las luces que se fugaban a través de las cortinas. En el medio, una varita regordeta y afelpada que aterrizó sobre la manta entre mis piernas. Se deslizó hacia mi torso con ayuda de sus patitas largas y peludas. Entre más cerca, más fascinación me causaba aquella dulce alimaña. La sostuve con las manos y la elevé a la altura de mi nariz; ahí noté que su mirada era aún más peculiar gracias a un total de ocho ojos: dos mayores al centro, tres arriba y tres abajo del par.

¿Acaso era una polilla?, ¿quizás una mariposa? o ¿tal vez una nueva especie de arácnido no reconocido por la humanidad? No. ¡No la definas niña tonta! No clasifiques a este espécimen como lo hicieron contigo. La solté cuidadosamente y caminé hacia mi maleta. Mientras revoloteaba por el sillón encontré un telar purpúreo semi desgarrado al centro de mis pertenencias. Un mes antes de retornar a casa, había encontrado un capullo tirado bajo el olmo del hospital. Debido a las míseras condiciones en que vivía, era imposible que aquel manto diera vida; no obstante, aquella criatura había roto su prisión de seda.

Pasos. Mi amada tía bajó los escalones que conectaban a la planta alta al ritmo de un tap, tap, tap, tap... Al verme de pie en la entrada, frente a mi maleta, no pudo evitar un gesto de confusión que no tardó en cambiar por uno de asombro y encanto en cuanto giró la vista hacia la criatura volátil de la sala. Estiró su brazo y extendió los dedos para simular una ramita, de ese modo el insecto intentaría posarse en ella, pero, antes de que ocurriera, el brillo en sus ojos desapareció y comenzó a temblar mientras murmuraba una serie de frases y palabras ininteligibles. De inmediato, se adentró al cuarto de tiliches, perdiéndose entre la penumbra del pasillo. Después, un desagradable chillido se escuchó; la fricción de una estructura metálica redonda siendo arrastrada por mi tía desde aquel cuarto olvidado hasta la sala. Abrió una rejilla, observó a la criatura y susurró nuevamente; al instante, esta cesó su vuelo, dejándose caer dentro de la jaula. Matilda cerró la rejilla y arrastró la estructura de vuelta al cuarto de viejos tesoros, jaló la puerta y echó llave a ella.

Minutos después mi tío descendió a la cocina con el pretexto de ir al trabajo. Matilda lo observaba sentada desde la sala como si nada hubiese pasado. Mientras tanto, yo me sentía perpleja, llena de alegría, sorpresa e intriga al igual que de miedo. Comía galletas a un lado de

mi tío. Podía sentir arañas caminando por mi garganta. Sus delgadas patas arrastrándose sobre tejido blando y telarañas bordando de pared a pared. La sensación se esfumó apenas Pablo salió por la puerta principal para ir a trabajar.

Mi tía se levantó del sillón, entró a la cocina, guardó las galletas y me recordó la peor de mis preocupaciones:

Restan dos días. Pudiste engañar a los doctores y a ti misma con una sarta de mentiras en forma de cápsulas. Conoces el destino de aquellos en los que la incomprendición dominó. ¿Cortarás tus alas? ¿Aguardaras en una habitación hasta el último día en que te encuentren escarabajo, condenada... al exilio de tu propia mente?

DÍA 2

La tía Matilda parecía una larva blanquecina acurrucada entre las sábanas de su cama. No movió ni un músculo justo después de terminar de hablar conmigo ayer. Mi tío tampoco regresó a dormir, probablemente había tenido mucho trabajo que atender. Después de aquella conversación me dediqué a reunir clavos, almohadas y tablones de madera. La sensación de terror que me invadió solo era comparable con la escena de supervivencia entre las cucarachas y un pisotón. Mis manos temblaban como las gelatinas que consumía en el hospital. Tuve que abstenerme de armar un escondite, dejando las cosas hechas un montoncito afuera de la habitación del fondo.

Hoy era el día. Hoy tenía que ensamblar el refugio secreto para el peor de los escenarios. Aproveché que nadie me vigilaba y tomé la llave del cuarto de los tesoros, abrí la puerta y me adentré en búsqueda de papel tapiz y un poco de pegamento. Frente a la puerta estaba una gran manta de tono burdeo sobre una estructura circular, seguramente era la jaula. A un lado, recargado en un par de cajas, estaba el maletín que resguardó mi tío el día de mi llegada, la curiosidad me orilló a indagar sobre su contenido. Al abrirlo botaron hojas con expedientes clínicos; para mí sorpresa ninguno contenía mi nombre, sino el de mi tía. Abajo se prescribieron ansiolíticos y calmantes. Su diagnóstico apuntaba a depresión, al menos en uno de los tantos expedientes. Todos tenían medicamentos diferentes, así como padecimientos. Al parecer mi tía era un caso perdido. Nadie sabía lo que le ocurría, salvo ella. Resonaron con claridad las últimas palabras que profirió antes de caer en cama, su malestar emocional era incomprendible e intratable, ya que ningún medicamento lograba "curarla". Matilda ya no era la excelente ama de casa, ni la mejor esposa, mucho menos una madre ejemplar, no después de su pérdida. No

obstante, mi tía ya había actuado por su cuenta, por ello había abandonado el medicamento que le prescribían mes a mes. No era una coincidencia que la presencia de mi tío Pablo fuera menos frecuente. Matilda estaba por eclosionar y él estaba dispuesto a apoyarla.

Tic tac, tic tac, un reloj análogo empotrado en una de las paredes me indicó que abandonara los papeles y retomara mi curso con respecto al escondite. Me asomé en un par de cajas hasta encontrar el papel. En cuanto lo vi, metí la mano al interior, pero antes de llegar al fondo retrocedí sujetando mi mano con rapidez: sobre la palma se incrustaron fragmentos cristalinos, punzaban como el pinchazo de un alacrán. De inmediato, un agudo chillido abatió el silencio. La manta deslizándose. La jaula bailando. Y las luces parpadeando.

Arrastré los pies hasta la jaula y la abracé. El violento aleteo se detuvo y la criatura cayó al centro de su prisión. Un lagrimeo caudaloso caía de los ocho ojos. Todo el dolor de mi mano estaba reflejado en aquel llanto, pese a ser imperceptible a mis sentidos. Recogí la tela del suelo y con ella retiré las esquirlas de mi mano. No podía liberar a la criatura... antes debía terminar el escondite.

Metí la mano de nuevo en la caja, esta vez con precaución, saqué el papel y un viejo pegamento, después corrí por las escaleras hacia el último cuarto y entonces... de pie, frente a la puerta de madera, sentí la misma sensación de siempre y un largo piquete en el estómago que lo cambió todo. Las mariposas en mi interior estrujaban con fiereza los intestinos y, por si fuera poco, hormigas ponzoñosas subían por mis brazos y piernas. Oscuridad. Perdí poco a poco la visión y, junto a ella, el aire en mis pulmones; respirar se tornó complicado y doloroso. De pronto, sentí unas gotitas recorrer mi pierna derecha... fue el bendito pegamento lo que me hizo sembrar los pies de vuelta a la realidad para concentrarme en lo que realmente importaba: arreglarlo todo.

Paredes blancas, ventanas con barrotes, unos cuantos libros sobre un escritorio de madera nuevo y una cama de sábanas aperladas y lisas. Todo lucía impecable, quien quiera que entrara jamás pensaría que aquel lugar había sido un cementerio de emociones, salvo por el trozo de cuerda roído que pendía del techo. Si aquella cuerda floja no se hubiese roto... no habría visitado el hospital. El único consuelo que me generaba aquella habitación era el aire de nostalgia que aún transitaba por sus paredes: arrumacos, cariño e inocencia de una niña curiosa y creativa... destinada a desarrollar un trastorno absurdo y penoso.

Acomodé tablón por tablón en la esquina derecha de la habitación hasta terminar un escondite imperceptible a la vista, parecía formar parte de un clóset. Todo listo, bajé al cuarto para liberar a la criatura; golpeé el candado con un pequeño martillo, a la par del tercer *crack*

se escucharon llantas derrapando cerca de casa. Por un instante pensé en mi tío, pero después de haber visto los expedientes no tenía sentido que se tratase de él.

Las
hormigas
recorrieron
mi
cuerpo
una
vez
más,

trepaban por todas las arterias mordisqueando los tejidos hasta tensionar mis huesudas clavículas. Evidencias. Tenía que actuar y destruir toda posibilidad de retorno al hospital. Resguardé a la criatura en el escondrijo y corrí a vaciar la maleta en la habitación blanca. Abrí el broche, saqué un par de camisas, pantalones, calcetines... y los organicé en los cajones de la cómoda, pero justo antes de llegar al fondo de la maleta sentí un telar delgado y reseco entre las yemas de mis dedos. Era la pupa. Su color me recordaba a la manzana granate que Eva devoraba en un viejo cuadro del hospital. Gregorio, mi psiquiatra y amante empedernido del arte, solía decir que algunos pacientes, como yo, nos atragantamos con los problemas, que otros se aíslan y algunos los niegan con ficciones; pero que Eva los devora. Gregorio no pensaba que ella había hecho lo correcto, puesto que ese evento canónico había sido el origen de los males, aunque tenía razón con respecto a ese cuadro en particular. La Eva de aquella pieza confrontaba el origen de sus calamidades del mismo modo en que mi tía lo había intentado.

El capullo cenizo entre mis dedos ahora era una manzana.

La puerta principal rechinaba con misterio.

Mis labios se abrían...

Un par de sombras se proyectaban sobre el suelo...

Mis, sus...

la pupa en mi garganta.

CASA

Bastó un ligero empujón para abrir la puerta principal. Toda la casa se encontraba a oscuras dada la poca luz que atravesaba las cortinas. ¿Habría sido lo correcto llegar a casa ahora? Pablo nos informó sobre su llegada, no podía esperar para abrazarla y sentarnos a hablar por horas, como nunca antes pude hacerlo. Aunque, un sentimiento extraño me hacía titubear para entrar a la casa. Pablo insistió en regresar a una vieja cabaña, donde esperaría a Matilda, pero su semblante era ridículamente triste. —¿Sabías que las mantis, además de ser sabias, también son un buen presagio? —comentó Pablo justo antes de retirarse. Sin duda, algo estaba mal con él. Mauricio y yo chocamos miradas y juntos inhalamos con profundidad, después nos adentramos al pasillo, caminamos por toda la planta baja, pero no encontramos nada. Recorrimos las escaleras y nos detuvimos frente a una primera puerta, al abrirla solo encontramos un par de sábanas blancas hechas rollo y una especie de mantis grisácea que corría al exterior del cuarto.

Una sombra larga se extendió hasta la pared frente a la última puerta. Mauricio y yo caminamos hacia la habitación sin perder de vista la forma en que se contorsionaba aquella sombra hasta detenerse. Aquellos movimientos me parecieron hermosos pese a su desastrosa naturaleza, habían sido una especie de baile o algún tipo de lenguaje artístico. Hace un par de meses no los habría entendido, pero ahora... después de sentir una colmena de abejas en mi estómago en cuanto Mauricio amenazó con irse de casa tras lo ocurrido, todo era claro. Por fortuna él jamás se fue, pero las abejas se quedaron desde entonces.

Al llegar al fondo, eché un ligero vistazo en el interior de la habitación y, entonces, la vi. De pie, al centro de la habitación, con las manos en cuna sujetando un puñado de arañas muertas. Y, saliendo de su boca, una mariposa.

Martha Germana Gutiérrez Pacheco: Nacida en el, para entonces, aún conocido Distrito Federal. Joven licenciada en Estudios Literarios de la Universidad Autónoma de Querétaro. Docente de lengua inglesa y de comunicación, así como correctora de estilo en continua formación. Autora en proceso. Tercera hija menor de un escarabajo de oro futbolero y una polilla crepuscular matemática y gestora.

¿DÓNDE ESTÁ?

BRENDA HERNÁNDEZ

Como cada año, la fiesta del bosque estaba por celebrarse y todos los animales, insectos, hadas y duendes se reunían para la llegada del otoño, ya que, a pesar de que faltaban unos meses, la administración de la fiesta ya comenzaba a moverse. Clivia, un hada muy alegre y cariñosa, era la encargada de la organización de la fiesta y, junto con sus tres mejores amigos, estaban dispuestos a crear la fiesta más asombrosa que haya existido en la historia del bosque. Todos tenían grandes aptitudes, pues se habían preparado para este momento desde que eran unas pequeñas semillas de loto. El equipo era muy admirado por su destreza y creatividad; y cabe mencionar que su líder, Clivia, era la única hada con las alas de color naranja en todo el vasto bosque, por lo que la consideraban aún más especial.

Un día, Clivia tuvo que visitar al gran Topo Jefe para pedir su participación en la fiesta, así que salió en marcha junto con su grupo de fieles compañeros. Al cabo de un rato el clima

comenzó a tornarse gris, las nubes se acercaron tanto a la tierra que desataron una terrible tormenta. Las hojas de las hadas, que utilizaban como paraguas, se habían destruido y solo quedaba huir de las gruesas gotas de lluvia que caían con firmeza. Clivia encontró un pequeño hueco de árbol, por lo que guió a sus compañeros para que pudieran estar sanos y salvos; sin embargo, una de sus compañeras se había lastimado el ala, quedándose atrás. Clivia, sin dudarlo, regresó por ella y colocó su brazo sobre su hombro. Volaban esquivando la lluvia, pero un gigantesco granizo cayó sobre ellas, lo que terminó derribándolas. Su compañera cayó en tierra firme, pero Clivia había caído al borde de una corriente



de lodo que arrastraba consigo piedras y ramas. Clivia comenzó a gritar por ayuda, sus compañeros bajaron hasta donde estaban, pero cuando se acercaron a Clivia, la miraron con ojos de burla y orgullo. Uno de ellos le dijo:

—Sin tus alas no eres nada.

La abandonaron y volaron hasta el tronco. Clivia sintió un nudo en la garganta y una enorme confusión. Por unos segundos quedó absorta en sus pensamientos, no entendía lo que había pasado, era como si le quitasen su propio valor de existir, como si le arrebataran su corazón. Sus brazos no soportaron más y cayó, siendo arrastrada por la corriente.

Clivia despertó en una cama de hojas secas, se sentía tan adolorida que no podía levantarse. De repente empezó a sentir un pánico aterrador, no podía sentir sus pies ni sus alas y, entonces, una voz ronca le dijo:

—Trata de no moverte. Te he encontrado y traído a mi casa. Mi nombre es mi Pancho. ¿Quieres ser mi amiga?

Pancho era un perro muy peludo, viejo y flaco; agitaba su colita de felicidad, aunque estaba casi ciego. Se veía muy sucio y algunas partes de su pelo se habían puesto duras como piedra por el lodo, no se podía saber si era blanco, gris o café.

—¿Tu casa? Pero estamos en medio del bosque —le dijo Clivia.

—Mi familia me trajo aquí, pero volverán por mí pronto —contestó Pancho.

Clivia supo lo que pasaba, los humanos podían ser bastante crueles con sus mascotas, lamentablemente muchos de los animales que abandonan no sobreviven. Clivia observó el bosque, no era como su casa. Los troncos estaban secos, la vegetación no estaba muerta ni viva, sino más bien era falsa como si no naciese de la tierra, el ambiente frío con lluvia tenue y sin un

rayo de luz; era imposible que los hongos y el musgo no prosperaran, sin embargo, solo había troncos grandes y tierra árida.

En la villa se contaban leyendas de un bosque gris en el que habitaban bestias horribles que se aprovechaban de los que se sentían perdidos y los guiaban hasta el bosque para consumirlos poco a poco. Así como existe el bien, existe el mal; así como existen las buenas criaturas, existen también las malas, y en este lugar era obvio que lo



bueno ni siquiera era nombrado. Clivia no quiso preguntar cómo es que Pancho llegó ahí; además era evidente que ni él mismo sabía dónde estaba, pues permanecía con la esperanza de encontrar a su familia, así que Clivia pensó en un plan.

—Pancho, muchas gracias por ayudarme, eres un buen amigo, pero todavía no me siento bien. ¿Podrías llevarme con el duende médico? Se encuentra por allá —señaló con un dedo— y después te prometo que te ayudaré a encontrar a tu familia.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —dijo Pancho con un tono de preocupación.

—Estás hablando con un hada, nunca faltamos a nuestras promesas. Además, tú y yo ya somos amigos, ¿no? —le contestó esbozando una sonrisa tierna.

Por suerte los perros tienden a ser amigables, de modo que Pancho aceptó con un “guaf guaf” mostrando su lengua y agitando su colita. Clivia aún no podía mover sus piernas, pero tenía bastante experiencia creando cosas con sus manos, así que construyó una sillita con ramas y una correa improvisada con maleza seca, que serviría para poder guiar a Pancho en el camino.

Anduvieron por bastante tiempo y no se podía saber si era de noche o de día, el cielo estaba cubierto de neblina y ramas de árboles. Avanzaron con cautela, las patitas de Pancho rompiendo las hojas secas era lo único que se escuchaba y tenían la sensación de que debían guardar silencio o algo tenebroso saltaría desde la oscuridad y se los llevaría. Clivia intentó aligerar un poco el ambiente contándole a Pancho sobre su hogar en la villa, las fiestas que organizaban y cómo el aire era tan fresco y cálido a la vez. También le habló de las criaturas que vivían ahí, los ratones, las ardillas, venados y conejos, todos siendo buenos amigos y vecinos. Le relató cuentos donde los protagonistas eran verdaderos héroes de la villa, que salvaron el bosque de un gran incendio y de un cazador furtivo. Pancho escuchaba atentamente, no obstante, parecía estar pensando en algo, así que hizo una pausa y le preguntó:

—Y... ¿Por qué te lastimaste?, ¿qué te pasó?

Clivia bajó la mirada y después, con un tono de tristeza, le contó lo sucedido y cómo terminó así. Pancho hizo un gesto y le dijo enojado:

—Debiste oler bien su trasero, esos traidores siempre huelen a cebolla rancia.

—Pero yo no soy un perro, no huelo los traseros —contestó Clivia con una ligera sonrisa.

—Qué mala suerte, pero no te preocupes, yo los encontraré, les arrancaré los brazos y les revolcaré la cabeza —dijo Pancho.

—Qué amable, pero no... gracias —mencionó Clivia con un tono sarcástico y de preocupación. *Aunque estés tentado por esa idea, la venganza nunca es la mejor opción*, pensó ella.

Todo marchaba bien hasta que una voz espeluznante y, de alguna manera, fría susurró en sus oídos—: ¿Dónde está?

Sintieron escalofríos recorriendo sus espaldas y un miedo inexplicable los hizo huir.

—¡Corre! ¡Corre amigo!

Clivia le gritó a Pancho y él con todas sus fuerzas corrió siendo guiado por Clivia para no chocar con ningún tronco, ya que sabían que si tropezaban *eso* los atraparía, alrededor de ellos comenzaron a emanar de la tierra figuras humanoides con ojos grandes y amarillos que intentaban detenerlos. Eran sombras y al mismo tiempo árboles con una expresión de sufrimiento, se arrastraban en el suelo con sus patas y manos a gran velocidad, pero cada vez que intentaban agarrarlos sus dedos deformes se rompían, como si no tuvieran la fuerza suficiente para jalarlos. Pancho continuó corriendo hasta que Clivia observó un claro de luz a lo lejos.

—Pancho... ¡Lo veo! Ya casi llegamos. ¡Tú puedes!

Una de las manos que intentaba agarrarlo lastimó a Pancho en su pata y, con un chillido agudo, el perro herido continúo su camino cojeando y evitando las ganas de detenerse a lamer su herida. Clivia tomó una de las malezas atadas que reservó y comenzó a dar latigazos para alejar a las horribles manos que querían llevarse a su amigo. Comenzaron a acercarse más a la salida y de pronto las criaturas se detuvieron. Clivia miró hacia atrás y vio cómo todos ellos empezaban a transformarse en un solo cuerpo.

Eso parecía estar cubierto de fango con distintos huesos atorados en su cuerpo, sus manos eran ramas largas y delgadas cubiertas de musgo, no aparecía tener un rostro y, aun así, a través de sus ojos amarillos, podía sentirse que *esa cosa* no tenía buenas intenciones.

Era como si estuviese satisfecho, pero al mismo tiempo muy hambriento.

Clivia y Pancho no se detuvieron hasta llegar al límite del bosque y, una vez a salvo, Clivia miró hacia atrás para asegurarse de que nadie los seguía. Lo último que creyó ver fue la sonrisa de la bestia.



Siguieron caminando un poco más hasta confirmar que estuviesen a salvo. Pancho se detuvo para que Clivia pudiese bajar de su lomo y después lamió su pata herida. El clima había cambiado, era acogedor; se escuchaban los cantos de los pájaros a lo lejos, el sonido del agua del arroyo caía sobre las rocas, lo que les generaba una sensación de paz y tranquilidad. Clivia se recostó aliviada porque ambos habían salido de ahí a salvo.

—¿Clivia? ¿Clivia eres tú? —preguntó un duende amable con apariencia de viajero que llevaba un costal sobre los hombros.

Clivia lo reconoció al instante, era el cartógrafo duende de la villa que se encargaba de crear los mapas del bosque. Clivia lo saludó con alegría al igual que Pancho, que no dudó en convertirlo en su amigo. Ambos le contaron todo por lo que habían pasado mientras el duende escuchaba sorprendido y atendía sus heridas. Clivia sintió que algunas cosas le resultaban confusas, como si no pudiera recordar, pero aun así continuó hablando. Después de colocar ungüentos de romero y diente de león, y haberles dado chochitos de hierbabuena, el duende les dijo que los guiaría hasta la fiesta del bosque.

—¿La fiesta es hoy? —preguntó Clivia desconcertada.

Estaba confundida, cuando ella salió con su grupo faltaban meses para esa fiesta. *¿Cuánto tiempo estuve perdida?... Un momento, ¿cómo se había herido Pancho?... ¿Dónde estaba perdida?...* Todas esas preguntas rondaban por su cabeza, la mente de Clivia empezaba a nublarse más, cada vez los recuerdos de haber estado perdidos eran más borrosos, en los ojos de Clivia se notaba miedo. El duende la miró y con una sonrisa dulce le dijo:

—Muchos han pasado por ahí, la mayoría lo olvida. Pero otros nos quedamos con el recuerdo; no sé qué es ni por qué nos elige, pero estoy seguro de que no todos logran salir de ahí. Y tú eres afortunada de salir y olvidar, además hiciste un gran amigo. Olvídalos Clivia, jamás volverás ahí, lo peor pasó ya.

Ninguno mencionó una sola palabra, tenían la mirada fija en el horizonte viendo todo y nada a la vez. Clivia que estaba sentada en el lomo de Pancho, le dio un abrazo y acarició detrás de sus orejas. Lo único seguro para ambos es que encontraron una pieza faltante, algo que no sabían que buscaban, hallaron fe, hallaron un amigo.

Después de un rato llegaron a la fiesta, todos se alegraron de verlos y la fiesta se volvió más amena. Pancho y Clivia se sentaron en una mesa llena de dulces, postres y gigantes pasteles cubiertos de miel y frutos frescos, los deliciosos platillos recién salidos del horno humeaban vapor calientito, había más guarniciones de las que podía contar y todo parecía colorido.



La villa entera se dispuso a comer y disfrutar. En seguida llegaron las presentaciones de los músicos, los bailarines y los títeres, al cabo de un rato llegó la hora de la merienda, comieron palanquetas cubiertas de caramelos y panes rellenos de chocolate y mermelada. Al terminar de comer, jugaron lotería, dibujaron con tizas de colores avioncitos en el suelo que después utilizaron para saltar hasta la meta, jugaron a los encantados y la gallinita ciega. Finalmente, rompieron piñatas llenas de juguetes hechos de madera tallada, bailaron y cantaron toda la noche hasta el amanecer, hasta que la primera luz de otoño alumbró todo el bosque.

El grupo de hadas que acompañó a Clivia el día de su accidente jamás volvió a aparecer y con el tiempo fue olvidado. Clivia y Pancho se convirtieron en los fundadores de la brigada de rescate animal y durante muchas estaciones ayudaron a los animales que se sentían perdidos.

Pancho era cada vez más viejo y salía menos a las exploraciones, hasta que un día de verano dejó el bosque para acompañar a las hadas que habitan en el reino del cielo. Todos lamentaron tanto la partida de Pancho que construyeron una hermosa estatua de piedra cerca de un arroyo que, con el tiempo, se convirtió en un templo sagrado al que podías acudir cuando lo necesitaras. Siempre estaba cubierta de preciosas orquídeas y flores silvestres que la hacían lucir aún más maravillosa; para todos los seres vivos del bosque era un amuleto de la suerte.



Clivia se encargaba de visitar el templo de su amigo todos los días, le contaba todo lo que la brigada había hecho y cómo sus piernas poco a poco recobraban su fuerza, aunque jamás volvió a volar.

Clivia olvidó totalmente el bosque gris y no volvió a mencionarlo nunca, el duende cartógrafo continuó con su viaje y todos volvieron a sus vidas normales. Algunas veces Clivia se sentía perdida, pero con el tiempo se dio cuenta que ayudar a los demás también la ayudaba a ella.

Brenda Hernández: Ilustradora y diseñadora gráfica enfocada en la narrativa visual y exploración emocional, promoviendo la creatividad y autoconfianza a través de historias con mundos mágicos para los niños y niñas.

LAS CUALIDADES DE UN ELEFANTE

ÁNGEL FABIÁN HERRERA PAPAQUI

Seguramente has oído hablar sobre las cualidades que tiene un elefante. Este magnífico ser se caracteriza por recordar muy bien los caminos por los que ha cruzado para poder llegar a su destino, las técnicas que ha aprendido y aplicado para sobrevivir y, también, los seres cercanos que le han enseñado lo necesario para poder vivir plenamente. Sin embargo, muchos lo ven como un animal grande, pesado, gordo, torpe y tonto cuando la realidad es muy distinta; eso mismo es lo que descubrió Emilio.

Emilio era un joven elefante asiático curioso y entusiasta por saber qué era aquello que hacía ser todo lo que veía. Siempre iba acompañado de su madre, Elena, y su manada en los pastizales y las selvas de la India; pero además de convivir con los miembros de su misma especie, también convivía con otras como búfalos acuáticos, calaos bicornes, antílopes *blackbuck*, rinocerontes indios y langures. Todos los individuo de cada especie tenían sus propios asuntos, pero no faltaba quienes observaran a los elefantes y los juzgaran.

Un día, durante el mediodía, la manada se encontraba pastando en medio de un prado de hierba alta cerca del bosque. Emilio se divertía corriendo entre ella y oyendo sus pisadas, pero, entonces, escuchó a algunos calaos y langures hablar de ellos a sus espaldas haciendo cualquier comentario sobre su apariencia. No obstante, todos los elefantes seguían su curso mientras Emilio se quedó pensando en lo ocurrido; ante la presencia de inquietudes decidió preguntarle a su mamá.

—Mamá, vi a algunos animales a nuestro alrededor hablar sobre nuestra apariencia. ¿Por qué lo hacen?, ¿acaso hay algo que está mal en nosotros?

A lo que Elena le respondió:

—Hijo, ellos siempre van a opinar cualquier cosa de los elefantes porque ven algo en nosotros que ellos no tienen.

Emilio volvió a preguntar.

—¿Qué es?, ¿qué tenemos nosotros que ellos no tienen?

Elena le contestó:

—Estamos a punto de iniciar una migración que nunca vas a olvidar, pues, además de ser tu primera migración, es en esta donde encontrarás la respuesta a todas tus inquietudes.

Eva, la abuela de Emilio, quien era la líder del grupo por su avanzada edad y su experiencia, levantó su trompa y emitió el sonido característico de su especie para dar la señal de que era hora de partir a nuevas tierras, ya que la temporada de sequía estaba a punto de comenzar. Todos los integrantes del grupo la oyeron, incluyendo Emilio y su madre, y emprendieron el viaje. Emilio estaba emocionado por su primera migración, aunque también sentía miedo e intriga por lo que fuera a hallar en el camino.

El grupo dejó atrás la estepa y se adentró al bosque frondoso que estaba cerca. Era el primer punto por el cual, según Eva, han atravesado millones de generaciones de elefantes y en donde se han encontrado con la mayor amenaza para las crías de elefante. Mientras se internaban más y más al bosque, y la tarde caía, una figura esbelta se encontraba camuflada acechándolos; principalmente al miembro más joven.

Eva percibió, con las plantas de sus patas delanteras, el peligro y con sus orejas escuchó agudamente unos gruñidos, por lo que ordenó a todos que rodearan a Emilio para protegerlo. Emilio no entendía bien lo que sucedía, pero alcanzaba a ver un poco entre las piernas de sus familiares lo que había afuera. Los adultos tenían miedo y aun así sabían bien que si se mantenían juntos, todo estaría bien.

La figura acechadora se manifestó como un joven tigre de bengala macho, el felino más grande y fuerte que ha habitado en la India, que caminaba alrededor de la fortaleza que los elefantes hicieron para mantener a salvo a Emilio. El tigre trataba de encontrar una entrada entre los elefantes para poder cazar y cuando parecía por fin abrirse una oportunidad él rugía fuertemente y se lanzaba para atacar, pero era impedido con las patadas que lanzaron más de tres veces. Finalmente decidió retirarse frustrado por su cacería fallida y un poco lesionado.

Una vez superado el ataque, la manada siguió su curso y Emilio se apagó a su madre; los rugidos y la ferocidad del tigre lo habían atemorizado, por lo que buscó en ella un lugar donde pudiera tener seguridad. Elena, al notar su preocupación, lo acarició suavemente con la trompa para hacerle saber que siempre tendría su compañía cuando él se sintiera perdido.

Una semana había pasado y comenzaron a llegar los días de intenso calor, las altas temperaturas tornaron a la selva y a los pastizales en amarillo y marrón; los elefantes seguían su curso hasta llegar a un desfiladero que debían atravesar. Eva debía decidir si era mejor cruzarlo o rodearlo, entonces se detuvo a analizar cuál era el camino más seguro. Escuchó a lo

lejos unas rocas cayendo desde la cima del cañón hasta una serie de abrevaderos que se encontraban en él y cerca de ahí había árboles de frutas de estrella.

Después de analizar la situación, Eva notó que todos estaban exhaustos y, si quería que sobrevivieran, debían hidratarse y alimentarse bien, por lo que los dirigió hacia los abrevaderos y los árboles. La bajada era un poco angosta, de manera que tuvieron que pasar uno por uno con mucho cuidado. Una vez abajo, una mitad de la manada corrió hacia los árboles para comer fruta de estrella mientras que la otra mitad fue a los cuerpos de agua para refrescarse bebiendo y bañándose.

Elena aprovechó para enseñarle a Emilio a usar correctamente su trompa. Primero fueron a los árboles, donde Elena se apoyó con la trompa en uno de ellos para agitarlo y hacer que la fruta de la copa más alta cayera. Emilio observaba atentamente lo que ella hacía y después intentó replicar los movimientos hasta que una manada de antílopes nilgo se acercó al lugar; Emilio los vio y fue a esconderse detrás de su mamá.

Los antílopes nilgo llegaron tranquilamente para beber y comer también, el líder se acercó al árbol donde estaban Emilio y su madre, ella arrancó con su trompa una fruta y se la dio amablemente. Emilio vio la acción e intriga le causó, estaba a punto de preguntarle por lo sucedido, pero entonces escucharon un grito de auxilio.

—¡Ayuda! ¡Me atasque!

Dijo una cría de antílope que quedó atrapada en medio del abrevadero, el cual se estaba secando y volviendo lodo; su madre intentaba acercarse a él, pero corría el riesgo de hundirse también. Entonces Eva, sin pensarlo, corrió a ayudarlos. Entró al lodo para sacar la cabeza del joven antílope del fango, lo animaba a mantenerse de pie y lo guiaba hasta la orilla, tanto los elefantes como los antílopes estaban expectantes ante el rescate.

La abuela de Emilio había logrado sacar al joven antílope y su madre fue a él para abrazarlo y agradecer por ayudarlos. El líder nilgo llamó al resto de los antílopes para seguir con su trayecto y partieron. Los elefantes también siguieron su camino y Emilio, tras presenciar todo lo sucedido, por fin le preguntó a su mamá.

—Mamá, ¿por qué tú y la abuela fueron amables y ayudaron a los antílopes?

Su madre con mucha tranquilidad le explicó la situación:

—Emilio, nosotros los elefantes con los años hemos aprendido a reconocer quiénes son los que querrán hacer daño, como el tigre que nos atacó al comienzo de la migración; quiénes querrán que compartas pacíficamente, como los antílopes que vieron a beber y comer como

nosotros; y quiénes preferirán ver lo que haces a lo lejos sin que ellos tengan idea alguna, como los calaos y los langures.

Los días se convirtieron en semanas desde la charla de madre e hijo. El grupo continuaba su arduo viaje hasta que una tarde se encontraron en un hábitat completamente diferente a la selva y a la estepa. Dicho hábitat estaba poblado únicamente por una especie llamada *humano* que parecía un mono sin cola y con poco pelaje. Todos se cuestionaron si debían atravesarlo o no, pues tanto el lugar como la especie eran nuevos. Esta fue la única vez en que la líder no sabía exactamente qué hacer más que seguir con cautela.

La manada, sin otra opción, decidió adentrarse al lugar precavidamente. Mientras caminaban por el sitio, Emilio pudo contemplar que los humanos no eran muy diferentes a los elefantes, pues todos convivían pacíficamente, vivían dentro de una especie de árbol redondo con una sola entrada, los más jóvenes jugaban a perseguirse, los mayores conseguían alimento y se apoyaban los unos a los otros.

Emilio, sin pensarlo, se acercó a un miembro joven humano que se encontraba en un río que albergaba un conjunto de hojas. El joven vio a Emilio con la misma curiosidad, ambos se miraron y, por un momento fugaz, hubo una conexión entre los dos, algo que reafirmó lo que Emilio pudo ver en los humanos. Sin embargo, los adultos de ambas especies no pensaban exactamente lo mismo, en ese momento se escucharon gritos y barritos de elefantes, tanto Emilio como el joven humano se dieron cuenta y fueron al lugar de donde provenían.

Los elefantes se habían percatado de que Emilio no estaba con ellos y se preocuparon tanto por su ausencia que corrieron por todo el lugar causando, de forma no intencionada, daños y destrucción. Los humanos adultos al presenciar esto no tuvieron otra opción más que atacar a los elefantes para ahuyentálos. Emilio y el joven humano llegaron al lugar y fueron con sus respectivas familias, los humanos adultos sacaron troncos con fuego y ramas largas con una piedra filosa en una de sus puntas para espantar a los elefantes; eventualmente ellos cedieron, pero también se defendían.

Los elefantes fueron saliendo del lugar con pánico, lo que ocasionó que Emilio se extraviara y se dirigiera a otra parte. Ya alejados del caos, todos los elefantes resultaron recibir algunas heridas, pero quien resultó ser mayormente afectada fue Eva: uno de los troncos con fuego le hizo una severa quemadura en su rostro y una rama con piedra filosa hirió gravemente su pata delantera derecha. Para empeorar las cosas, Emilio no estaba con la manada, pero Elena se dispuso a buscarlo hasta encontrarlo sano y salvo.

Emilio arribó a una selva cerca de la aldea, al no reconocer el lugar en el que se encontraba no tuvo otra alternativa más que quedarse ahí. El cielo se iba oscureciendo mientras la luna y las estrellas salían para iluminar el sitio. Emilio nunca se había sentido tan perdido, su desolación crecía a medida que se adentraba a la selva y, cuando ya estaba dentro de la espesa arboleda, temía encontrarse con algún ser que lo quisiera atacar, como un tigre o un humano adulto. Iba caminando cuando vio entre los árboles una figura parecida a la de un elefante y fue hacia ella emocionado pensando que era uno de los miembros de su grupo.

Cuando se acercó, se dio cuenta que era una piedra con forma de elefante. Dicha piedra tenía, además, una especie de decoración en la cabeza y tenía las orejas, la espalda y las patas tanto delanteras como traseras. A Emilio le resultó extraño ver de esa forma a un elefante; cuando fue a verlo, por la parte trasera vio una construcción de rocas interesante, por lo que decidió explorar un poco más.

En las paredes rocosas vio algunas imágenes talladas de elefantes en distintas situaciones como ser juzgados por otros animales por su apariencia, enfrentarse a los mayores depredadores de la India, caminar en fila, convivir en paz con ellos mismos y otras especies, así como también ayudándolos a conseguir alimento y agua junto a ellos. Todas estas escenas hicieron que Emilio recordara lo que había vivido durante su migración. De pronto comenzó a tener sueño y se acostó cerca de una roca para dormir con una gran sonrisa por descubrir que la respuesta a sus dudas siempre ha estado a lo largo de su viaje.

Mientras amanecía se escuchaban cerca del lugar donde se encontraba Emilio unos barritos de elefante. El elefante despertó al reconocer esos barritos, sabía que era su madre y fue a buscarla; conforme iba caminando los sonidos se volvían más agudos, pues estaba muy cerca. Emilio se detuvo y vio que, efectivamente, era su madre. Ambos se acercaron emocionados y se abrazaron con sus trompas.

—Hijo, estás a salvo. Te estuvimos buscando toda la noche.

Dijo su madre y Emilio le respondió:

—No te preocupes, mamá, nunca me moví de aquí, además mis preguntas sobre nosotros tuvieron respuesta. Al fin lo descubrí.

Su madre preguntó:

—Ajá, ¿y qué es?

Entonces Emilio replicó:

—Somos criaturas valientes, nobles, amables e inteligentes con todos y con los de nuestra misma especie.

Emilio y su madre se reunieron con su manada y él se dio cuenta que la abuela ya no estaba con ellos. Su madre le explicó que ahora ella era la líder de la manada, pues después del ataque de los humanos la abuela se tiró al suelo y jamás despertó, todos se reunieron alrededor de ella para despedirse. El pequeño elefante se entristeció al enterarse y abrazó muy fuerte a su madre.

Después de darse el abrazo Emilio, Elena y el resto de los elefantes siguieron el curso que todavía faltaba por recorrer. A pesar de ello Emilio ya no tenía duda sobre lo que lo hace ser un elefante y sabía que todo ello los ayudará a llegar a donde tuvieran que llegar. Sin duda alguna su primera migración fue inolvidable, pues fue ahí donde Emilio descubrió las cualidades que tiene un elefante.

Ángel Fabián Herrera Papaqui: Estudiante de Artes Visuales de la Facultad de Artes y Diseño UNAM. Ha participado en exposiciones como *Detalle Natural* en la Casa del Arte Xochimilco y recientemente debutó en la escritura creativa el pasado 2025 con el cuento anterior que aporta un mensaje de vida protagonizado por un joven elefante.

QUÉDATE

KHALAM

Estoy sentado en la taberna en medio del bosque, lejos de muchas civilizaciones y tan solo acompañado por otros viajeros, olvidando el hecho de que mañana partiré de nuevo lejos y no volveré a ver sus caras.

Siempre he pensado que casa es aquella donde yo esté, no necesito una cabaña, tan solo mi ser y mi espada, la cual uso solo cuando intentan robarme, cuando intentan asesinarme, solo cuando es necesario la desenvaino.

Siempre ha sido así, siempre he caminado sin mirar atrás, y ha funcionado, pues sigo vivo. Pero frente a mí hay una carta dejada por lo que creía era un viajero, hasta que me encontré en la misma un sello del que intenté, con todas mis fuerzas, olvidarme y enterrarlo con el tiempo en polvo.

Pero no fue así porque cuando reconocí el sello, cuando se fue el guardia sin armadura, cuando reconocí la letra escrita y leí las palabras plasmadas en papel, mi corazón dio un vuelco.

“Vuelve”.

...

Cinco años antes.

—Mi rey, tiene una visita —mencionó un guarda con fuerte voz en la gran sala del trono que ahora tenía una gran mesa con un mapa que mostraba todo el continente.

Tenía cabello rubio y ropas extravagantes, un atuendo real y barroco. Llevaba encima un abrigo largo color borgoña con bordados dorados, debajo llevaba un chaleco azul oscuro con detalles dorados, combinado con una camisa clara de cuello alto y un cinturón ornamentado, los pantalones eran oscuros. El conjunto se completaba con joyería elaborada, guantes y una capa ricamente decorada.

—Déjalo pasar —respondió Sam sin pensarlo mucho. Ante su respuesta, el guardia abrió la puerta lo suficiente para dejar ver a su compañero.

Iba vestido con un traje formal, caracterizado por una chaqueta larga y ajustada que terminaba en cola detrás, con detalles de hombreras adornadas. Llevaba una camisa con

volantes en el pecho y un lazo elegante que enfatizaba opulencia. Con pantalones ajustados y un cinturón con tonos dorados en su hebilla. El atuendo aristocrático era contrastante con su rol de guerrero, aunque aún estaba una pizca de ese ritmo de vida en su pelo, que eran rizos desordenados. Sam sonrió al verlo.

—Will, al fin te vistes decente.

—Estabas demasiado insistente.

Ambos se acercaron a la gran mesa que tenía encima el mapa, preparados para confrontar finalmente a La Mafia, aquella organización que causaba estragos en el reino de Sam. William solo iba de paso por este lugar, pero Sam, sabiendo las hazañas de gran luchador de William, lo había convencido de quedarse y ayudarlo a proteger el reino.

William jamás se quedaba, él escapaba. Vagaba por el mundo evitando atarse a algo o alguien. Pero esta vez fue, lamentablemente, la única diferente. Sam lo había atrapado con esa hospitalidad de cualquier rey, con esa amistad que poco a poco se fue formando, a pesar de las riquezas prometidas, a pesar de los rumores que había sobre él, como aquellos que decían que traía el caos a cualquier lugar en donde pisaba.

Ahora estaba ayudando a Sam no por la recompensa, sino por un lazo más fuerte. Aun cuando creía que había una necesidad de control en la forma de gobernar de Sam, en esa paranoia que iba creciendo de una forma desmedida gracias a La Mafia, él se quedó para intentar manejar la situación. Confío en él, aun cuando lo estaba enviando lejos del reino a proteger una cueva.

—Necesito mandarte a ti. Eres fuerte, así que confío en que no será un problema —dijo Sam después de hacer un breve repaso del camino a la cueva. A William la situación le parecía fuera de lugar, pero igualmente aceptó después de verlo a los ojos y escuchar el tono meloso propio de él.

—¿Puedo preguntar qué hay en esa cueva tan importante? —cuestionó curioso y, como dagas, los ojos de Sam mostraron una agudeza que tan solo les exponía a los enemigos.

—¿Confías en mí? —fue lo único que él dijo. Y William, que se vio atraído por esa amistad que se había forjado, decidió asentir—. Entonces confía en que lo que hay ahí es demasiado importante para mí.

—¿Puedo confiar en que estarás seguro aquí? —Sam tardó bastante en responder, más que otras veces, y las alarmas para William se iban sumando. Sin embargo, como humo, se esfumaron con sus últimas palabras:

—Siempre me repites que me interese más en mi supervivencia que en gobernar, algo de ti deberías dejarme en tu ausencia —concluyó Sam viéndolo sobre el hombro, dedicando, a pesar de todo, palabras honestas; unas que realmente lo fueron, a pesar de lo que estaba a punto de hacerle.

William sonrió y se dirigió fuera del palacio ignorando todas las advertencias que su intuición le daba, decidido a cumplir con el encargo.

Tardó un día entero en llegar, pasando por un gran bosque fue como vio la inmensa cueva que era profunda. Ahora, él llevaba un atuendo más propio de él: una armadura oscura que le cubría el torso, hombros y brazos, resaltando su musculatura, y debajo de esta una gruesa tela que cubría las partes levemente desprotegidas. Optó por descansar con ella puesta, en el pasto justo al lado de su espada, fogata y arco, decidido a dormir después de la larga caminata.

Al día siguiente recolectó más leña, todo mientras rondaba la zona y afilaba su espada. El lugar era tranquilo, le pareció que era un buen espacio para guardar algo tan preciado. Realmente no le carcomía la duda de lo que hubiese adentro, solo deseaba cumplir con el encargo del que estaba comenzando a considerar su amigo para regresar al reino.

La serenidad existió hasta que escuchó las ramas del bosque crujir, su instinto no tardó en aparecer y ordenarle que se pusiese de pie con su espada en mano. Sus sentidos se agudizaron y su posición de defensa aparecía lista para recibir a tres combatientes que al mismo tiempo saltaron hacia él.

Llevaban una armadura más oscura, refinada y la cara tapada con un casco que solo dejaba ver los ojos. En un movimiento rápido, William movió su posición, esquivando así tres ataques. El primero llegó como una estocada veloz, pero William giró rápidamente su cuerpo con la espada lista para ser enterrada en el cuello desprotegido. El aliento de vida se extinguío y el cuerpo cayó al suelo. Inmediatamente siguió el segundo, a quien le bloqueó con fuerza y rapidez una estocada directa a su espalda, hizo un desliz buscando la axila que normalmente estaba desprotegida por la armadura, y lo hizo con esa fuerza y determinación que lo caracterizaba, haciendo un agujero en la gruesa tela y rasgando la piel lo más que podía. El último había quedado perplejo, y decidido a correr fue como soltó la espada y se dirigió al bosque, intentando huir. William no lo dejó, pues rápidamente tomó su arco y dirigió dos flechas, una a su rodilla, y otra a su pie, en donde nunca había armadura que protegiese ni tela endurecida.

Se preguntó qué había pasado, quién había sido, quiénes eran. Pero todo había quedado claro cuando vio sobresalir del bolsillo del cinturón de aquel primer combatiente un pergamo

ya abierto, pues la cera del sello estaba rota, sin embargo, reconocería ese signo de girasol a donde fuese; era del Imperio. Era un encargo.

No necesitaba tomarla, pues las alarmas ya se habían prendido de nuevo, la desconfianza que siempre evitó había vuelto, y su realidad se hizo evidente al conectar las piezas. Como un último acto de esperanza decidió tomar un pedazo de leña y prenderlo para dirigirse en el interior de la cueva, donde claramente nunca hubo nada.

Apretó con fuerza su puño, la ira frustrante por la traición y decidió salir, pues algo se había quebrado dentro. Las memorias, recuerdos y momentos que consideraba inquebrantables ahora parecían añicos dentro de la fría cueva.

Salió dando fuertes pisadas mientras aventaba aquella antorcha improvisada al pasto, haciéndolo arder. Tomó sus cosas para dirigirse de vuelta al que estaba comenzando a considerar un hogar al que pertenecer, al que proteger, en el cual quedarse. Ahora volvía no para reunirse, sino para encarar al rey.

Su paso era rápido, comenzaba a ver las características montañas que lo acercaban, pero junto al atardecer anaranjado también se dejó ver algo que no esperaba: humo junto a un olor a cenizas, un olor que a William lo hizo petrificarse, uno que lo dejó sin la capacidad de sentir enojo y tan solo lo hizo sentir un pánico indescriptible por aquella silenciosa certeza. William se alarmó más de lo que hubiese deseado,

Corrió hasta llegar a la entrada ya hecha escombros junto a gran parte del lugar. La garganta comenzó a arder y sus oídos se inundaron de los gritos de la multitud. Aturdido, observaba los techos de las cabañas envueltos en llamas, pero se centró en aquel castillo sobre la montaña, el cual ya estaba completamente destrozado por las llamas, hecho añicos y con escombros rodando por la pendiente hasta caer.

Quedó atónito ante la escena, incapaz de entender cómo el imperio más poderoso había acabado así, pero recordó que este imperio era distinto. Había equidad, había justicia y gente feliz, todo destruido por aquella organización que solo buscaba riquezas y caos.

“Si tan solo hubiera estado aquí...” se repitió a sí mismo, viendo a la gente con quemaduras en su piel, las cabañas destruidas, todo hecho cenizas.

—¡¿Tú los mandaste, cierto?! —gritó el rey sobre una pila de escombros, con ojos humedecidos por el constante humo. Ahora entendía, La Mafia había dado su último golpe en su ausencia, pero como humo su congruencia se esfumó cegado por la reciente traición y las palabras hirientes del otro—. Debí suponerlo desde el principio, nunca debí dejarte entrar y dejarte arruinar lo que había construido.

Y, por primera vez, William dejó de luchar al ver esa mirada afilada que reflejaba la desconfianza. Dejó que la idea de que jamás serían del mismo mundo lo atravesara, quizá porque había algo más profundo que no se atrevía a nombrar, algo que dolía aceptar.

Sam avanzó primero equipado con una armadura similar a la de William, no como un rey, sino como alguien desesperado por no derrumbarse. William bloqueó el golpe con facilidad, pero la dureza en sus ojos no coincidía con la fuerza de sus manos.

—¡Dime que esto no fue tuyo! —rugió Sam intentando clavar la espada con rabia contenida—. ¡Dime que no eras parte de esto! —. El acero rechinó, pero fue el temblor en su voz lo que cortó más profundo. William apretó la mandíbula al escuchar. Dio una estocada sin dudar, empujando a su contrario.

—Y dime tú... —replicó, con dolor fugado— ¿cuándo dejaste de confiar en mí?

Sam retrocedió, los escombros crujieron bajo sus botas. Por unos segundos no atacó, tan solo lo miró. Y le dolió ver al que era su compañero que reía en cenas largas, el guerrero que se quedaba hasta tarde planificando, a su amigo.

Sin pensarlo volvió a atacar, no para matarlo, sino porque no sabía cómo perdonarse por lo que había hecho. William respondió como siempre: preciso y firme. Pero dentro de él cada movimiento iba acompañado de un pensamiento que lo quebraba, aquel que regía la mente de Sam. Y solo cuando se detuvo a pocos metros jadeante y cansado de pelear, fue cuando habló en un susurro.

—Yo no los traje...

Y solo así ambos pudieron detenerse en un silencio doloroso. Se quedaron quietos con sus respiraciones rotas, con el humo picando sus ojos, con el silencio de la verdad cruel: ambos se habían lastimado.

El combate se apagó, respiraban pesadamente sin saber qué decir, aún con el estruendo de la destrucción rodeándolos y el silencio que perpetró en su corazón hasta dejar marca, una que no sangraba, pero que quemó hasta doler.

Y así, sin victoria ni derrota, la batalla terminó.

Y sin mirar atrás, William caminó fuera del pueblo hecho caos, aun cuando su corazón anhelaba, por una vez, luchar por un algo, esforzarse, olvidar su filosofía. Volteó a mirarle sobre el hombro, a punto de decir algo, pero lo guardó en su garganta tal y como Sam lo hizo.

...

Al llegar por el camino que, de alguna forma recordaba como la palma de su mano, ese donde podía ver las grandes montañas a unos kilómetros al oeste, su mente comenzó a mostrarte fugaces imágenes que intentó con todas sus fuerzas mantener enterradas.

Con la subida, que había recorrido como si la conociera de toda la vida, fue como llegó a la entrada del lugar y al alzar la vista pudo ver esa montaña con lo que quedaba del castillo, con unas cuantas modificaciones, pero en pie. Se vio obligado a bajar la mirada al escuchar las risas regocijantes que resultaron ser las de un grupo de niños que corrían entre la gente que compraba y caminaba por aquella gran calle en donde el comercio existía. No tenía palabras ni podía descifrar lo que sentía al ver aquello que tenía al frente y, sin embargo, no paraba de observar con una sonrisa, pues de alguna forma lo llenaba de alegría saber que seguía ahí.

Amablemente evitó a los vendedores y caminó colina arriba, dejando atrás el pueblo que estaba vivo al pie de la montaña. Y de alguna forma, como un gesto practicado, los guardias no evitaron que subiese por la colina custodiada, que caminara por los pasillos que memorizó, que llegase hasta la sala del trono, donde ya no había mesa, tan solo un hombre mirando al pueblo desde el gran ventanal.

Ninguno dijo nada, Sam dejó que se acercara al mismo lugar desde donde observaba. Y en silencio, ambos miraron cómo la gente seguía feliz, aunque las cabañas no fuesen iguales.

—¿Aún crees que me rijo por el poder? —preguntó un Sam de cabello largo y tomado en una coleta. Lo hizo sin rodeos, como si no necesitara darle la bienvenida, pues no la requería. Lo miró con los mismos ojos azules que recordaba—: Te alejé, dudé de ti, no fue la mejor decisión, pero tenía miedo.

—¿De qué?

—Has huido toda tu vida, dudaba de que consideraras quedarte por esta causa, por este hogar. Dudaba de que hubieses considerado siquiera que valiese la pena. Supuse que habías sido tú, creí en los rumores, me dejé llevar por mi desconfianza, esa que me decía que dañarías a esta gente. A mí.

Y de alguna forma, sin pedirlo, encontró respuestas a la forma de ser de aquel hombre que había malentendido, que había juzgado y malinterpretado mientras observaba el pueblo que ahora comprendía, era la única lucha que Sam defendía con todas sus fuerzas desde el principio. Y aunque los dos se habían equivocado, el dolor en su corazón por no haberlo entendido antes gracias al miedo de quedarse se hizo más fuerte, y sintió que no merecía siquiera ser aceptado a caminar dentro de ese lugar. Pero Sam no se detuvo ahí.

—Nadie te obligará a quedarte, pero nadie está deseando que te vayas. —Levantó la mirada por la diferencia de altura, miró los rizos que habían crecido en William, su rostro con una nueva cicatriz en la ceja, los ojos oscuros que no sabían qué decir—. Siempre me han preguntado si es mejor morir por una causa o vivir por alguien... suena como una elección. Pero yo ya no lo veo así, Will. —Y antes de seguir evitó mirarlo a él y volvió al pueblo, intentando no ver el efecto que sus palabras tendrían—: La verdadera causa es defender ambas cosas, está en defender a las personas que decides no perder.

Y por un momento creyó haber fracasado, pensó que William estuvo a punto de retirarse sabiendo lo que esas palabras significaban, pero, en vez de escuchar pasos alejarse, sintió cómo unos brazos lo rodeaban. Brazos de quien había dejado de olvidar y había empezado a aceptar el hogar al que lo habían invitado desde hace mucho tiempo.

Por primera vez, el guerrero dio un paso adelante. Aquella espada ahora se elevó más de lo necesario, pues entendió que entre esas personas que defendía podía haber alguien más que él mismo. Y por primera vez en su vida, decidió quedarse.

Khalam: Apasionado del arte. He participado en actividades que impulsan esta pasión y formé parte de la producción de obras en el Taller de Teatro de la Preparatoria Número 5 de la UdeG. Como estudiante disfruto compartir mis ideas mediante trabajos que exigen creatividad, ya que amo escribir historias y poesía.

PROBADOR

ITZEL ORTEGA

Me miro al espejo, no me gusta lo que me devuelve. No me gusto.

He pasado los últimos cuarenta minutos intentando todo, como evidencia hay una montaña de ropa gigante en la silla que está dentro del probador.

—¿Todo bien, señorita? ¿necesita que le busque alguna otra talla?

—Sí, gracias, todo bien —le respondo a la dependienta con la voz más falsa que me sale del pecho.

Trago saliva como para esconder las lágrimas que están a punto de brotar de mis ojos.

Las tallas más grandes me quedan demasiado grandes y dejo de ser un cuerpo para convertirme en un fantasma amorfo; las tallas más chicas ni soñando me suben las caderas o me entran por los hombros; y las medianas me aprietan tanto que hacen resaltar todo lo que se supone que no debería estar ahí. Llego a la conclusión de que las tallas son un mal chiste, un juego macabro que parece perfectamente diseñado para molestarme. ¿Acaso las tallas no son diseñadas para que una prenda le pueda quedar a todas las personas? Contrario a eso parece que son hechas para que ciertas prendas les queden bien solo a algunas cuantas, ¿o es que ya tengo la realidad tan distorsionada que creo que es así, que solo la delgadez es elegante y por eso me siento como una botarga?

Mi mente se llena de pensamientos, termitas que me carcomen por dentro. Uno tras otro me bombardean:

“Da igual lo que te pongas, no te vas a ver bien”

“Harás el ridículo en la fiesta”

“Nadie ahí se va a fijar en ti”

“Vas a salir asquerosa en todas las fotos”

“Qué vergüenza cuando te etiqueten en las historias”

“Mejor no vayas, a nadie le vas a hacer falta”

“Si te ves horrible con toda la ropa, entonces el problema eres tú”.

Los pensamientos se reproducen a una velocidad impresionante, cada uno es más abrumador que el anterior. Comienzo a sentir el ambiente cada vez más denso, es como si todas esas voces llenaran el aire de una espesa neblina que me causa un ligero mareo. Mi pecho comienza a trabajar de manera tan acelerada que tengo que sostenerme del muro con una mano mientras me siento con cuidado en el pequeño sofá que está dentro del probador.

Cierro los ojos y de repente un recuerdo de infancia hace acto de presencia.

La primera vez que alguien me hizo saber que algo no estaba bien con mi cuerpo yo tenía cinco años. Como cualquier otra niña de esa edad, mis amigas y yo jugábamos a ser las niñas y mujeres (reales o animadas) que salían en la televisión; los personajes que hacía Belinda en las telenovelas, las princesas de las películas de *Barbie* o Disney, incluso las niñas que a veces aparecían en los anuncios comerciales.

En una ocasión estábamos decidiendo a cuál de las protagonistas de una serie animada nos parecíamos más.

—Cornelia se me hace la más bonita, pero por el cabello creo que me parezco más a Hay Lin.

—Sí, pero tú no puedes ser Hay Lin porque Hay Lin es flaquita.

¿Yo no era flaquita? La confusión se debió apoderar de mi expresión.

—Bueno, no soy así flaquita, pero estoy normal, ¿no? —intenté disimular que no acababa de tener una gran revelación.

—No, no estás normal, más bien estás *llenita*.

Aquella afirmación se apoderó de mí durante los siguientes años como un ser sobrenatural, permaneciendo como un huésped silencioso en el sótano de mi cerebro: invisible, pero presente.

El lema de *Barbie* era “sé lo que quieras ser”, pero a mi corta edad yo descubrí que eso era mentira porque había muchas cosas que yo no podía ser por el simple hecho de estar *llenita*.

¿Cómo era posible que una niña tuviera ese tipo de pensamientos tan crueles sobre sí misma? Siento la rabia y el coraje invadirme las arterias. Una niña de cinco años no debería pensar esas cosas, una niña de cinco años debería ocuparse de explorar el mundo: mojarse bajo la lluvia, reír con las amigas, acostarse en el pasto, comerse una hormiga, hacer un dibujo con gis en la banqueta, cantar canciones mal pronunciadas ...

Conforme pienso en esas sensaciones las siento acumularse en mi piel, haciendo que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. Ya no tengo cinco años, ni los volveré a tener jamás. El tiempo perdido forma un gran abismo en mi pecho, el cual se traslada hasta mi mano derecha y

se convierte en el impulso de estampar mi mano en el espejo mientras una extraña mezcla entre un grito y un sollozo salen de mi boca.

Un golpe que se da con la fuerza de diecinueve años perdidos no es cualquier golpe. El impacto es tan fuerte que una sección del vidrio se quiebra en pedazos de diferentes tamaños; los más grandes caen al piso y los más pequeños se incrustan en la palma de mi mano.

La sangre no se hace esperar. Intento evaluar los daños, pero las lágrimas me nublan la visión. Respiro hondo, necesito calmarme. Acerco mi mano a unos centímetros de mi rostro y el olor a metal se filtra por mi nariz.

Soy un ser que sangra.

Siento mi corazón bombear auxilio hasta la herida.

Soy un ser que late.

El líquido corre por mi brazo como el pañuelo interminable que sale del sombrero de un mago.

Soy un ser que vive.

Miro mi reflejo en ropa interior, incompleto debido a los pedazos de espejo faltantes.

Ya no tengo cinco años, pero sigo estando viva, completa. No me hace falta nada, de hecho, me sobra sangre. Me sobra tiempo y no pienso desperdiciarlo más.

...

Camino hacia mi casa con la mano vendada, la cartera intacta y un poco de vergüenza en los bolsillos por los estragos causados en la tienda. La brisa de la tarde me refresca la cara que todavía siente los estragos de tanto compactarse para llorar.

Pienso que soy alguien que puede caminar y sonrío. También soy alguien que puede sonreír, ¿no es digno eso de celebrarse?

Paso por una heladería que tiene una lona de franjas de color blanco y rosa. En mi experiencia esa es una señal de garantía. No lo pienso dos veces y subo los escaloncitos para dirigirme al mostrador.

La brisa de la tarde me recuerda que puedo respirar y distinguir el aroma a chocolate.

Itzel Ortega: Diseñadora gráfica y docente de artes visuales. Como creadora multidisciplinar, su trabajo oscila entre lo visual y lo literario, explorando los límites de la expresión. Ha publicado textos en las revistas *Vaivén* (2013) y *Las Libres* (2020), además de autopublicar su poemario *Desbordada* (2023).

LA TRANSICIÓN DE LAWRENCE ALDEN

YVES ARTURO ORTÍZ RÍOS

El solo acto de despertar de nuevo me cansa; y, déjenme decirles, yo no soy una persona enferma ni nada de eso. El solo acto de levantarme y ver la hora de las madrugadas me cansa más de lo que espero redactar en estas hojas.

No puedo dejar de pensar en una cosa: la falta de aire en mi cuerpo. No es que no pueda respirar, es solo que algo en mí rechaza el aire. Una alergia extraña, incomprensible, que ni los doctores han logrado diagnosticar.

Mi enfermedad parece normal, a veces mi respiración es normal. No hay palpitaciones ni mareos, he notado una ligera opresión en mi pecho debido al estrés. Mi descanso es interrumpido por sueños, los cuales no puedo explicar, solo puedo describirlos como formas indescriptibles por ángulos inexistentes.

Déjenme contarles mi vida antes de esta enfermedad tan misteriosa como novedosa. Desde niño he sentido un profundo amor por la sabiduría, mi cuarto está lleno de volúmenes del siglo pasado o, incluso, dos siglos. Modelos como *Edgar Allan Poe cuentos completos de entre 1830-1849* y poemas de Lord Byron como *Caín*, además, volúmenes de alquimia de Paracelso y otros que mencionaré más tarde.

Recuerdo que mi mamá decía que de pequeño sufrí enfermedades respiratorias graves y que el Dr. Lucien Harrow sabe más de mis enfermedades que cualquier otro, ya que él fue quien me atendió cuando era pequeño. No quiero especular acerca de estas enfermedades, pero sospecho que es un tipo de afección llamada *pasiones*. Recientemente vi que el medico alemán Heinroth lo llamaba *psicosomática*, lo cual me genera problemas en la piel. Lo que intento decir es que siento algo moverse debajo de mi piel y, además, me produce taquicardias como si algo manipulara mi corazón.

Le pedí a mi doctor Harrow, por medio de una carta, que me atendiera por unos días. Le expliqué mis síntomas sobre dicha enfermedad psicosomática, o de pasiones —no sé cómo decirle, si *pasiones* o *psicosomática*—, además, le pedí que me trajera café, cigarrillos y pan dulce mediante una nota al final que dice lo siguiente:

Ven lo más rápido posible. Estas pasiones me hacen sentir mal y sugiero que traigas a tres ayudantes para que me vigilen porque siento que más adelante se vendrá algo muy terrible.

Nota 2: Estoy en el Tilden Arms Hotel, el cual se ubica en la calle 179 Armitage Street al oeste de Arkham.

Dado esto, me despido.

Atte. Lawrence Alden

1920

El tiempo pasó como fuego lento, no he recibido respuesta del doctor Harrow. Algo en mí dice que no leyó mi carta, pero también sé que mi doctor personal siempre estaba atento a lo que me pasaba de pequeño; por lo tanto, sé que existe una posibilidad de que haya leído la carta, aunque no estoy del todo seguro.

Salí a comprar cigarrillos. Salí por la puerta de mi cuarto. Salí por la calle, por lo que, cuando mi nariz sintió el aire frío de la ciudad, mi respiración casi se pausó. Además, pasé por calles de nombres que no recuerdo, no sé si porque tengo mala memoria o tal vez mi enfermedad influya. Cuando llegué a la tienda más cercana que, según me acuerdo, se llamaba Arkham General Store, entré por la puerta general. Me recibió un cajero de la tienda, a lo cual le mencioné que quería cigarrillos, café, sardinas enlatadas, azúcar, algo de alcohol y más alimentos perecederos y no perecederos. Al salir de la tienda, rápidamente me dirigí al hotel.

Regresé a mi habitación y cuando me dispuse a abrir la puerta, vi que alguien había dejado una carta. La agarré, entré a mi cuarto y, entonces, leí la carta. Esta me dejó un poco sorprendido, no por lo que contenía, sino por lo misteriosa de la carta, la cual parecía no provenir de la letra de mi doctor; o tal vez sí era él, pero más viejo y desgastado. No hay forma de saberlo hasta que llegue él, y espero que ubique el hotel en donde me encuentro.

Pasaron más meses, en los cuales mi enfermedad empeoró. Sentía, como ya dije antes, algo moviéndose debajo de mi piel, mi respiración cada vez más pesada y taquicardias constantemente. Cada día anotaba mis síntomas en el diario, por ejemplo:

Junio, 1920:

Siento algo moverse de mi piel, no me acuerdo si ya lo dije, además, mi respiración es progresiva con falta de aire por unos segundos y mi piel se ve más pálida.

Me niego a creer que el tabaco es malo, como algunos piensan. Voy a exponer los puntos por los cuales no comparto la idea, pues esto me tiene abrumado.

El tabaco no mata, como dicen algunos. De hecho, muchos doctores aparecen en anuncios promocionándolos. Además, dicen los médicos que el humo abre los pulmones; y me refiero a que incluso mi propio Dr. Lucien Harrow aparece en los anuncios en Arkham, por lo que no dejaré el cigarrillo.

He visto a muchas personas perecer sin haber fumado un solo cigarrillo, ya sea de forma natural, por enfermedades o porque simplemente el cuerpo dejó de funcionar. Esto último puede pasar tras algo traumático, algo de alto impacto (como una tos fuerte), algo en los pulmones o quizás, como ya dije, un paro natural de unos segundos a otros. Asimismo, mi doctor dice que los cigarrillos son perfectos para el estrés, los nervios y para aguantar las noches en las cuales me pongo a trabajar y a pensar. A pensar en el vasto reflejo del inmenso caos que hay en el mundo y que el ser humano no es nada comparado con el poder de un dios, o dioses, y seres cósmicos más antiguos que la tierra misma. También sirven para no dormirme en las noches de arduo trabajo, ya que soy ensayista; aunque también soy estudioso de la filosofía, con especial interés en la alquimia y la medicina antigua. Prefiero morirme con un café y un cigarrillo en la mano y no como muchos que murieron de forma natural sin haber probado el tabaco. En mi ser algo dice que el tabaco no daña, más bien, libera con su humo el alma de mi persona. Por último, siento que el cigarrillo me acompaña en todo momento...

Mi doctor personal no debería tardar, ya que recibí un correo diciendo que llega el 3 de septiembre. No sé si pueda llegar a tiempo, antes de que estas pasiones me debiliten por completo, dado que apenas puedo sostenerme en pie, mis manos tiemblan y con trabajo puedo mantener la taza de café y el cigarrillo entre mis dedos.

Mi tos ha empeorado, el tabaco me quema menos que el aire, desconozco si pueda dejar el cigarrillo al menos unas horas.

No pude dejar el cigarrillo ni por tres horas, sentía una ansiedad insoportable. Asimismo, he estado leyendo de libros alquímicos sobre las transmutaciones acuáticas en seres humanos y llegué a la conclusión de que, tal vez, mi cuerpo esté respondiendo a algo, a un llamado. Por otro lado, no he podido dormir; solo duermo tres horas seguidas en la noche, después de eso me levanto y agarro otro cigarrillo de esos que vienen en una lata, luego preparo mi café y enciendo mi cigarrillo.

He descubierto una fina membrana entre cada uno de mis dedos, como si se tratara de una rana o de un anfibio.

Nota: me duermo a las 10 p.m. y me despierto a la 1 a.m.

No sé si el doctor Harrow me ayude o termine escribiendo mi nombre y mi caso clínico en uno de esos informes que leen los estudiantes de medicina incrédulos.

Tal vez en un futuro lejano se descubra lo que tuve, es decir, mi enfermedad de pasiones del alma o psicosomática, que he leído en libros de Galeno y del médico alemán Heinroth. Tal vez mi mente me cause estrés en niveles extremadamente altos y por eso mi cuerpo se modifique; pero no lo creo, ya que un nivel en el cambio físico y celular necesitaría manipulación genética y yo no tengo eso, solo tengo enfermedad de pasiones del alma o psicosomática.

...

DEGENERACIONES ACUÁTICAS EN HUMANOS

Septiembre 06-1920:

Mi paciente, el ensayista Lawrence Alden, mostraba signos de debilitamiento pulmonar y un leve cambio en la textura de la dermis de las manos y cuello. Las zonas afectadas presentaban un brillo anómalo semejante al de la piel de seres marinos.

La respiración se tornaba dificultosa en ambientes cerrados, mientras que en presencia de humedad o de niebla mi paciente afirmaba sentirse aliviado. También manifestó una aversión inquietante al aire seco y una creciente admiración por el olor del mar a pesar de residir a varios kilómetros de distancia del puerto marítimo.

Los estudios iniciales indican una posible alteración del tipo glandular, aunque los resultados finales son inconclusos. Recomiendo observación continua.

Septiembre 08-1920:

Los análisis sanguíneos mostraron aumento inusual en el sodio y trazas de compuestos marítimos.

DEGENERACIONES ACUÁTICAS EN HUMANOS. INFORME 2º

Paciente: Lawrence Alden.

Han pasado tres semanas de observación continua y el señor Alden y sus síntomas se han intensificado de una manera alarmante. La piel del cuello y las extremidades inferiores han

adquirido una tonalidad gris azulado. Al tacto es frío, húmeda y más resistente a incisiones. También he notado una membrana tipo translúcida entre los dedos de sus manos, semejante a un tejido conjuntivo acuático.

La estructura de los ojos parece haberse modificado, ya que los párpados se han hundido y los ojos agrandado, mostrando una sensibilidad fuerte e inusual a la luz. Mi paciente ha solicitado que cubra las ventanas con cortinas gruesas alegando que el resplandor del sol le duele.

Su respiración, aunque irregular, muestra signos de apnea prolongada como si sus pulmones pudieran retener el aire durante varios minutos sin esfuerzo alguno.

El comportamiento se ha vuelto reservado, muestra una obsesión con la humedad en el ambiente y reacio a todo contacto humano. A menudo murmura "que hay algo en las profundidades marinas que lo llama por su nombre".

Intenté prescribirle una estancia en la costa por unas semanas, pero el señor Alden se negó con nerviosismo extremo y dijo que si volvía a la costa ya no regresaría como un ser humano.

Observación final: el pulso se mantiene débil, pero constante. Las venas del cuello presentan un color más azulado de lo normal. Si el deterioro continua, temo que el señor Lawrence Alden esté mutando a una forma de vida desconocida para la medicina moderna.

Escribo esto para decirles que Lawrence Alden ya no está con nosotros. Se fue al mar con los profundos a la antigua ciudad de R'LEYH donde CTHULHU ESPERA DORMIDO PARA SER LIBERADO.

Yves Arturo Ortíz Ríos: Escritor mexicano apasionado por el terror clásico. Admirador de H.P. Lovecraft y del Círculo Lovecraftiano, ha estudiado su obra durante años. Escribe relatos oscuros ambientados en pueblos ficticios combinando misterio, romanticismo y una profunda visión introspectiva.

SOMBRA DE DESEOS

URIEL PLACENCIA

A veces, cuando vuelvo a recordar esta horrible historia, no pienso primero en la emperatriz ni en la残酷, sino en el lugar. En los pasillos largos y profundos, en los techos demasiado altos, en los ecos constantes de pasos ajenos. El palacio era una criatura antigua y viva, callada y vigilante, que parecía observarnos incluso cuando dormíamos. Nada allí estaba quieto por completo, aunque todo parecía grandeza y belleza.

Yo llegué siendo joven, casi sin ver. Un sirviente más entre miles, uno de esos nombres que nadie se preocupaba en memorizar. Mi trabajo consistía en obedecer, en bajar la mirada y no preguntar. Desde el primer día entendí que el palacio no recompensaba el nivel de lealtad, sino el nivel de silencio. Las paredes estaban cubiertas de pinturas antiguas, retratos de emperadores, guerras glorificadas y tierras conquistadas. Poder por donde se mirara. Joyas que llamaban "reliquias familiares", aunque cualquiera con algo de entendimiento histórico sabía que provenían de países lejanos, robadas a base de sangre durante la expansión del imperio. Cada objeto brillaba con un esplendor incómodo, como si escondiera culpas que nadie quería nombrar.

Aquel invierno fue aún más frío de lo normal. La lluvia caía durante días enteros y parecía filtrarse incluso dentro de las habitaciones cerradas y silenciosas. El ambiente estaba cargado, tenso e incómodo, como si el palacio presintiera algo que en algún punto tenía que pasar. La noticia del fallecimiento del emperador se expandió con rapidez, pero también con temor. Decían que había sido un accidente: un flechazo durante una cacería. Un error del cual no se podía ser perdonado. El responsable fue ejecutado sin pensarlo. Nadie dudó del castigo, aunque muchos dudaron de la versión oficial de aquel hecho. El emperador era amado, o al menos eso decían en voz alta. Lo que pocos se atrevían a mencionar era que su muerte había dejado un vacío peligroso, sediento de ego. Un trono vacío no tarda en convertirse en una atracción para la gente más cruel.

Su hija era la única heredera. La princesa, que ahora sería emperatriz, había sido criada entre lujos, poder y falta de amor real. Su madre murió joven y el emperador jamás volvió a

tener esposa. Algunos decían que por amor, otros, por beneficio. Yo nunca indagué tanto en el tema. Lo que sí supe fue que, desde el anuncio oficial, el palacio cambió de vista. Los murmullos crecieron. Las miradas se volvieron desconfiadas. Había una sensación constante de estar siendo observado, evaluado, elegido... o descartado.

La coronación no fue un festejo, sino una advertencia. El palacio se llenó de invitados, pero nadie se veía completamente feliz. La nueva emperatriz apareció vestida con sobriedad calculada, sin excesos ni joyas abusivas. No necesitaba decorar: su presencia era suficiente para imponer silencio. Tenía una forma de mirar que no buscaba aceptación, sino sumisión. Cuando cruzaba los salones, la gente bajaba la cabeza no por respeto, sino por obligación.

Pronto quedó claro que no gobernaría como su antecesor. Ella no se apoyaba en ministros o consejeros, ni pedía críticas. Escuchaba, sí, pero solo para saber de quién confiar y de quién sospechar. Cada decisión suya parecía tomada con un entendimiento profundo, como si ya hubiera previsto todas las ventajas y desventajas. El imperio no tardó en entender que su mandato no sería muy alegre.

Se hablaba mucho de sus amantes, pero pocos comprenden la realidad. No los elegía por lujuria ni por capricho, sino por utilidad. Cada uno cumplía una función: información, alianzas, entretenimiento y cuidado. Algunos creían haber ganado su corazón, ninguno comprendía que solo estaban ocupando un lugar que se pasaba fácilmente. Con el tiempo, todos fueron reemplazados y olvidados. Algunos desaparecen del palacio sin explicación. Otros conservaban la vida, pero no la dignidad ni mucho menos la cordura.

Yo la vi de cerca por primera vez en los jardines. Estaba rodeada por su corte, montando uno de los caballos más necios del establo. Lo controlaba sin preocupación, como si el animal entendiera que resistirse era la solución. Cuando desmontó, ordenó que nadie se acercara. Fue entonces cuando su mirada se cruzó a la mía. No fue una mirada de interés inmediato, sino de evaluación. Sentí que me estaba juzgando, calculando cuánto podía ganar de mí y cuánto podía perder.

Poco después llegó el mensaje. Decían que la emperatriz me requería en el momento. No explicaron la razón, igual nunca lo hacían. La urgencia era sólo otra forma de manejo. Al llegar a sus aposentos, comprendí que ese lugar no era un espacio íntimo, sino un campo de batalla silencioso. Todo estaba dispuesto con exactitud: la luz, el silencio, incluso el aroma del aire.

Sobre la mesa había dos tazas. El líquido que contenían no se parecía a nada que hubiera visto antes. Oscuro, espeso, casi con vida propia. Ella me habló del té con naturalidad, como si

no estuviera ofreciendo algo de alto peligro. Dijo que era un privilegio reservado para pocos. Que no todos soportaban sus efectos. Ella lo bebía desde hace años y había aprendido a controlarlo.

No me ordenó beber. No lo necesitó. Me habló del futuro, de la cercanía, de la confianza. Palabras que, en boca de alguien como ella, tenían un peso distinto. Yo sabía que debía negarme, pero también sabía que rechazarla equivalía a no volver a respirar. Así que tomé la taza, el sabor fue intenso, extraño y raro de describir. No sentí temor en ese momento. Sentí algo peor: la ilusión de ser elegido por ella.

Esa noche no fue una entrega, fue una condena aceptada. Yo aún no lo sabía, pero, al beber este té, había aceptado entrar en un juego que siempre se gana perdiendo. Y la emperatriz, con una sonrisa apenas perceptible, lo supo desde el primer momento.

El efecto del té no fue inmediato, y quizá eso fue lo más agresivo. No hubo mareos ni visiones subliminales, ninguna era signo que me alertara de que algo estaba mal. Dormí profundamente, como no lo había hecho hacía años. Fue al despertar cuando comprendí que ya no era el mismo.

El palacio parecía distinto, aunque nada había cambiado. Los pasillos se sentían más largos, las sombras más densas, como si el aire mismo se hubiera vuelto pesado. Comencé a notar detalles que antes me pasaban desapercibidos: conversaciones interrumpidas al verme pasar, miradas esquivas, silencios más largos de lo normal. No sabía si me observaban por curiosidad o por protección.

La emperatriz me permitió volver a verla. No con frecuencia, pero tampoco con frialdad. Cada encuentro estaba cuidadosamente medido. A veces me hablaba de política, de reinos vecinos, de traiciones necesarias y justificadas. Otras veces guardaba silencio y me observaba beber aquel té. Yo comenzaba a necesitarlo. No por gusto, sino por claridad. Sin él, todo parecía imposible de entender. Con él, las ideas se ordenaban. Las dudas se aclararon.

Fue durante una de esas noches cuando la sombra apareció por primera vez.

No entró como un desconocido. No surgió de un rincón oscuro, ni mucho menos adoptó una forma específica. Simplemente estaba allí, proyectada en la pared, alargada de una manera poco natural. No sentí miedo. Sentí reconocimiento. Como si la hubiera estado esperando sin darme cuenta. No habló con palabras gritadas, sino con susurros, apenas escuchables, que parecían nacer dentro de mi mente.

Al principio, me decía cosas simples. Observaciones, advertencias, me señalaba detalles que yo mismo había notado, pero no había querido aceptarlos. Que la emperatriz no compartía

el poder, solo lo administraba. Que los amantes no eran elegidos por amor, sino por conveniencia. Que todos éramos piezas de ajedrez.

Intenté ignorarla, pensé que era un efecto del té, una consecuencia pasajera, pero la sombra regresaba cada vez que bebía. Nunca pedía nada. Nunca mandaba, solo aconsejaba, y cada sugerencia coincidía demasiado bien con mis propios pensamientos.

Con el tiempo, empecé a entender que el té no creaba nada nuevo, solo abría una puerta, y la sombra era lo que entraba por ella.

La emperatriz notó el cambio en mí, me observaba con mayor atención, como si evaluara el resultado de un adoctrinamiento. Nunca mencionó la sombra, nunca preguntó qué veía o qué escuchaba. Pero sabía, siempre supo, que el té *locus* no era una debilidad suya, era su mayor herramienta. Una forma de medir hasta dónde podía llegar alguien sin romperse... o cuánto podía romperse antes de ser útil, silencios prolongados, no sabía si me observaban por curiosidad o por miedo. La sombra comenzó a hablarme de poder. No del que se hereda ni del que se impone por la fuerza, sino del que se toma cuando nadie está mirando. Me habló de los otros amantes, de su destino inevitable. Me dijo que la emperatriz no se apegaba a nadie, porque el apego estorba. Y que, si yo quería permanecer, debía demostrar que entendía las reglas del juego.

Yo aún creía que podía ser diferente, que podía ser la excepción, pero no comprendía que el té y la sombra no estaban allí para ayudarme a ganar su favor, sino para enseñarme cómo perderlo todo sin resistirme.

A partir de entonces, cada sorbo me alejaba un poco más de quien había sido. Y cada susurro hacía más difícil recordar por qué eso me importaba.

Para entonces, el palacio ya no me resultaba desconocido. Había aprendido a moverme por él sin hacer ruido, a reconocer los horarios en que los guardias se distraen, los pasillos que nadie vigilaba porque nadie creía útil hacerlo. El té *locus* me había enseñado a observar con precisión, y la sombra se encargaba de recordarme lo que otros preferían olvidar: que el poder no se hereda, se arrebata y se gana. La emperatriz empezó a alejarse, no de forma evidente, ni con frialdad abierta, sino con la indiferencia calculada de quien ya había decidido tirar de algo, nuevos nombres comenzaron a circular en voz baja, nuevas presencias entraban a sus aposentos.

Yo comprendí, sin que nadie me lo dijera, que mi lugar estaba llegando a su final. La sombra fue clara esa noche, no alzó la voz, no se volvió más oscura ni más agresiva. Solo me dijo lo inevitable: ella no comparte el trono, y tú ya has visto demasiado, me habló de los otros, de

cómo habían terminado, de cómo todos habían creído ser distintos. De cómo todos habían muerto convencidos de que aún importaban, pensé en huir, pensé en desaparecer antes de convertirme en un recuerdo incómodo, pero el té ya había hecho su trabajo. La idea de irme sin nada, de volver a ser nadie, me resultó insopportable. No había bebido para eso, no había escuchado a la sombra para eso. Si iba a perderlo todo, no sería en silencio. Busqué a la emperatriz, no pedí audiencia: exigí ser escuchado. Cuando entré en sus aposentos, ella ya sabía a qué venía. No se levantó. No llamó a los guardias. Me miró con una mezcla de curiosidad y cansancio, como quien observa una pieza defectuosa.

Le hablé de lealtad, de traición, le exigí que dejara de recibir a otros, que reconociera mi lugar. Ella sonrió, no con burla, sino con una crueldad notable. Me dijo que el poder no se negocia con súplicas, que mi error había sido confundir cercanía con la importancia. Y que, por atreverme a cuestionar, ya había firmado mi sentencia. Fue entonces cuando todo se rompió, no recuerdo cada movimiento con claridad. Recuerdo la sensación: una mezcla de furia, miedo y una certeza absoluta de que no había vuelta atrás. La sombra me susurraba que me detuviera, que aún podía irme, que esto no era necesario, por primera vez, no la escuché. No porque no la oyera, sino porque ya no me importaba.

La emperatriz no gritó. No pidió clemencia. Me miró hasta el final, con una expresión que no supe interpretar: ¿desprecio?, ¿orgullo?, ¿aceptación? Cuando todo terminó, el silencio fue más pesado que cualquier condena.

La sombra volvió a hablar, pero su tono había cambiado, ya no había sugerencias ni promesas, solo una orden simple "huye", y yo obedecí.

No tardaron en descubrir lo ocurrido. El palacio, que todo lo observa, también sabía delatar. Cuando crucé los límites del imperio ya no era un fugitivo, sino una amenaza. Me capturaron cerca de la frontera, justo antes de alcanzar el Reino de Bélgica, como si incluso la huida hubiera sido una salvación temporal.

El juicio fue rápido, no necesitaban escucharme, no les interesaba entender, el asesinato de una emperatriz no admite explicaciones, solo castigos. Mientras dictaban la sentencia, yo no sentí miedo, tampoco arrepentimiento, solo una calma extraña, como si todo hubiera seguido un camino inevitable desde el primer sorbo de té.

La sombra volvió a aparecer la noche anterior a la ejecución, no ocupó la pared, sino el aire, estaba más deformada, menos entendible. Me dijo que su tarea había terminado, que yo ya no le era útil, le pregunté si la volvería a ver. Me respondió que no, que mi destino no era el suyo, que yo iría al infierno y que ella seguiría buscando otras mentes dispuestas a escuchar.

No discutí, no pedí perdón. Comprendí, demasiado tarde, que nunca fui especial, solo fui alguien que quiso serlo.

Ahora sé que el infierno no es fuego ni castigo eterno, es la memoria. Es recordar cada decisión sin poder justificar. Mientras espero el final, pienso en la emperatriz. No como mujer ni como amante, sino como lo que realmente fue: poder puro, consciente, peligroso. Ella no me ofreció el té *locus*, no me engañó, la sombra no me obligó, todo lo que hice nació de mí, de mi deseo de permanecer, de importar, de no volver a ser invisible.

Y aunque digan que moriré mañana, sé que mi condena comenzó mucho antes, desde el primer día en que crucé las puertas de aquel palacio.

Uriel Placencia: (13 de mayo, 2009). Es un joven interesado en la escritura y la historia. Ha participado en talleres de literatura creativa y de teatro. Desarrolla cuentos con enfoque fantasioso y metafórico, así como ensayos y biografías históricas. Considera que los sentimientos son la mejor trama para un escritor.

LA SECTA

JUAN PABLO PRECIADO BERNAL

Mi nombre es Angélica Bustamante, soy estudiante de la Preparatoria Uno de Jalisco, asignatura ubicada en el centro de Guadalajara. Pese a mi corta edad e incapacidad para huir de los problemas, provocado por la deformación con la que nací en mi cadera, soy una fanática del género de terror. Por encima de ello, adoro el folclor nacional: leyendas sobre vampiros que merodean en la actualidad, relatos que pasan de boca en boca sobre los nahuales que podrían disfrazarse como transeúntes habituales, experiencias narradas por la radio que describen la presencia de duendes y aluxes, entre nosotros. Todas esas ideas de fantasía me llenan de júbilo, me ayudan a sentirme normal. Aunque de pequeña me aterraba la idea de ser perseguida por tales seres y no poder escapar por ser incapaz de correr, conocí a ciertas personas que, mientras intercambiábamos cuentos de dicha naturaleza, me trataron como a una igual.

Por esa misma razón convencí a Raúl, mi novio, de llevarme a conocer el condominio Venustiano Carranza, ubicado en la calle Valderrama. Dicha zona es famosa por los alrededores de mi hogar gracias a sus incontables anécdotas vinculadas con lo sobrenatural. Esto a causa de un incidente ocurrido hace varios años en el que se detuvo a un grupo delictivo que utilizaba aquellos condominios para el tránsito de drogas. Una vez se expuso la naturaleza de los crímenes, la gente aseguró que el área quedó maldita por las oscuras intenciones de sus antiguos dueños, siendo la cuna perfecta para que entes fuera de este mundo se manifestaran.

Me habría encantado ir sola a visitar tan nefasto espacio, pero moverme en silla de ruedas a altas horas de la noche es tanto una idea peligrosa como irresponsable. Si bien mi novio no es un genio de las luchas, impone respeto con su presencia seria, además de los centímetros extra de altura que lo hacen ver como un chico hecho de chicle; me reconforta su presencia.

Para mi sorpresa, una compañera mía, a la que no considero ni amiga ni némesis académica, se involucró con nosotros. Compartiendo mi interés con lo extraño, bizarro y misterioso, es una fanática de los mismos temas que yo; conoce desde los Kinametsin hasta la leyenda de la Tlanchana. Eso sin contar la vez en que me ayudó a salir de una incómoda

situación con uno de los insistentes chicos del club de química que me acosó por días; por fortuna, ella le dio un enorme golpe con su libro de geografía que lo alejó de mi vida. Desde entonces me hace sentir como una hermana menor al conversar conmigo durante los recesos. Quizás sea porque creció rodeada de chicos, lo que la llevó a buscar mi amistad.

En fin, siento que desvarío. Con este equipo, nos aventuramos cuando nadie pudiera vernos en el condominio que, asumíamos, estaba embrujado. Algo extraño pasaba entre sus paredes, de eso estaba segura, pero lo que encontramos no era lo que esperábamos.

Septiembre, la luz eléctrica junto a la luna nos salvaban de la absoluta oscuridad. Cada minuto nos aproximaba a la media noche. Las calles estaban transitadas por peatones desinteresados que nunca se percataron de nuestra presencia al enfocarse en sus propios asuntos. El aire era seco, un curioso aroma a tierra recorría la ruta de nuestro destino. Todo era normal. ¿Cómo podía esperar que todo saliera de esa forma?

El condominio era enorme, cuarenta edificaciones en total. Ninguna era idéntica a la anterior; ya fuera por el acomodo de las habitaciones, el crecimiento de algunas paredes o por las uniformes alturas de ciertas fachadas. El suelo firme, aunque cuarteado, no era el ideal para mis ruedas, puesto a que tronaban cada determinado tiempo, mas no era inseguro.

Al cabo de unas horas, conversamos sobre historias de terror en una de las residencias del cuarto piso. Sin energía eléctrica ni alarmas en las pocas puertas que resistían, nos infiltrábamos en cada casa como si fuéramos los dueños de la noche. Por un instante, creímos ver a un Way Poop' por la ventana, un brujo que podía convertirse en un ave malvada. Me decepcioné al percatarme que no había sido más que un cuervo, aunque sí fuimos sorprendidos.

La realidad fue mucho más escalofriante. Con ella, nuestro escenario de relatos paranormales se transformó en una especie de laberinto y cárcel que nos encasilló a ser los ratones. Un grupo de personas vestidas, en su mayoría, con prendas negras; zapatos oscuros recién pulidos; faldas largas con tonalidades obsidianas; blusas con la apariencia del carbón; chaquetas, camisones y joyerías que compartían las mismas cualidades que la tinta se apropiaron de la singular entrada del condominio y, por ende, de la única vía de escape.

—Angélica, ¿quiénes son esas personas? —Raúl me tomó del hombro moviendo un poco mi silla.

—No lo sé... —Pensé que parecían miembros de una secta.

—Tengo un mal presentimiento. —Ximena no solía acobardarse. Ella se percató de algo antes que nosotros.

Una hermosa mujer de cabello azabache me hipnotizó con su mera presencia. No era magia ni brujería, no era sentimental ni emocional, pero sí psicológico. De largas piernas carentes de imperfecciones y ojos claros que compartían la apariencia de dos espíritus protectores. Mi pecho latió con fuerza, unos celos que no eran habituales en mí me mordieron como el veneno de una serpiente. *Ojalá pudiera caminar con la misma gracia que tiene esa...* He vivido toda mi juventud resignada a que mi condición jamás podrá mejorar, ni con operaciones ni con milagros. No siento envidia de nadie ni de mis compañeras velocistas del club de atletismo ni de los deportistas de otros equipos. No se trataba de eso, algo en ella me generaba una ansiedad que nunca antes experimenté. De verdad quería que sus piernas fueran más, pudiera usarlas para caminar o no, pues la convicción de sus pasos me...

—Angélica, debemos irnos. —Raúl me devolvió a la normalidad tras susurrarme al oído.

Por culpa de mi pésima costumbre de soñar despierta, moví mi silla de ruedas de tal forma que provoqué la caída de una maceta vacía, con ello, el impacto resonó en el interior del condominio con un maldito eco que nos puso en la mira de lo desconocido. La mujer que acababa de ver se percató de mi error. El tiempo se detuvo —pese a la lejanía a la que nos encontrábamos gracias a estar ubicados en una de las áreas más apartadas—, nuestras miradas se cruzaron a través del ventanal con el cristal roto del que me asomaba. Un frío repentino masajeó mis hombros y un peligro morboso rosó mi rostro. La temperatura descendió de golpe. Así como creí reconocer un aroma agrio en el ambiente, creí escuchar un susurro, pero era el mismísimo miedo apoderándose de nosotros. Noté la sonrisa de la misteriosa mujer dibujarse en su rostro, incluso sus labios parecían fuera del rango humano.

Apuntó a nuestra dirección con uno de sus finos dedos.

Vimos un tumulto de hombres y mujeres de todas las edades dirigirse hacia nuestra estadía a un paso conciso, pero no apresurado. Fue evidente que nuestro instinto de supervivencia se activó de golpe. Desconocía si Raúl pudo verlo, pero estaba segura de que aquella dama guardaba una daga en la cintura.

—Vámonos. —La voz precavida de Raúl me ponía de nervios.

—¿Nos vieron? No sería bueno que así fuera... —Esa noche vi en Ximena una expresión de determinación que nunca le vi a nadie hacer.

Por el contrario de ellos, apreté mi falda con resentimiento. *¡Tonta, idiota! ¿Por qué eres tan descuidada? Si Ximena y Raúl terminan en peligro, podrían dejarme atrás para escapar.* Siendo ese el caso, yo no podría huir.

Voces de desconocidos galopaban entre las paredes de nuestro escondite. Alternábamos entre pasillos, corredores y patios del condominio. Lentos a causa de mi presencia, Ximena nos rebasaba con frecuencia, buscando una ruta alterna para nuestra seguridad. Tenía los ojos llorosos—: Raúl, más rápido, seguro ya encontraron las escaleras. —La idea de que un grupo de desconocidos nos atrapara con intenciones misteriosas era un martirio.

—Adelántate tú, no podemos seguir tu ritmo —Raúl jadeaba al contestarle; al empujar mi silla, su condición decaía al perder energía extra. Fue en ese entonces que algo se quebró en mí—: ¡Corran! —Tantas veces soñé con Tzitzimimes persiguiendo gente mala, tantas otras aluciné con ver gigantes, que olvidé lo peligroso que eran los seres humanos. En ninguna de las ilustraciones que he hecho en mi libreta de arte hubiera pensado que moriría a manos de un grupo de personas extrañas.

Raúl frenó de golpe, la impresión fue tanta que no pudo decir nada, lo cual agradezco, ya que asumí que estaría de acuerdo con abandonarme. En cambio, Ximena retrocedió donde conmigo para darme la bofetada más fuerte en la historia de la humanidad. A la fecha recuerdo ese dolor—. No seas estúpida, vuelve a decir una barbaridad como esa y yo misa te cuelgo de tus pulgares. —Por muy aterrada que estuviera, por muy poco que nos conociéramos al no compartir un lazo de amistad tan fuerte, ella era la clase de chica que no abandonaba a otra en tiempos de necesidad o urgencia. Ella nunca se describiría como una heroína, pero es la mujer más noble que conozco.

Incapaz de imponer mi voluntad, Ximena golpeó el hombro de Raúl ayudándolo a reaccionar de una vez por todas—: Tenemos que escondernos. —Raúl forcejeó una de las puertas que eran retenidas por una cadena con candado abierto. Con fortuna, amarraría las cadenas de tal forma que, adornándola con el candado, crearía la apariencia de que nadie hubiese puesto pie en su interior hacía meses.

—Métanse ustedes dos —dictaminó Raúl.

Ximena me empujó con suma determinación. La ventana de esa unidad privativa no era transparente, podías figurar siluetas del otro lado, pero nada claro. Ella me abrazó mirando desde el interior para determinar el rumbo de Raúl.

—Quédense aquí, buscaré en dónde esconderme. —Creímos ver a Raúl subir por una escalera de concreto al techo de un pequeño cuarto de herramientas.

Los segundos eran eternos, el tiempo se distorsionaba, minutos, horas... Quién sabe cuánto tiempo duramos en ese estado. Sentía que mi respiración era demasiado fuerte, creía escuchar el palpitante de mi corazón con la intensidad de un tambor. Ximena era tan callada como

un tecolote. En medio de la oscuridad veía una desfigurada silueta de Raúl asomándose desde aquella azotea.

Previo a cualquier otra cosa, escuchamos el paso de muchas personas. No soy experta con mi oído, pero apostaría lo que fuera a que, mínimo, eran más de seis. Lo peor es que estoy convencida de que superaban dicha cantidad. *Si Raúl o Ximena me hubieran abandonado... Creo que no habrían conseguido escapar.* Sentí cierta satisfacción y calma al tener la mano de Ximena tan cerca de mí. No obstante, el eco de unos tacones acortando distancia con nosotras alteró mi ritmo cardiaco. Su avanzar aumentaba con gradualidad. *Sabe que estamos aquí. No sé cómo, pero estoy segura de que viene hacia acá.* Yo perdí la esperanza.

—¿Amigas? ¿En dónde están?

Era la mujer misteriosa, estaba del otro lado de la ventana—: ¿Qué hacen aquí a tan altas horas de la noche? —La luz de una linterna alumbró a nuestro alrededor. Por muy poco fuimos alumbradas, pero permanecimos fuera de su visión. Fue gracias a uno de estos rayos de linterna que pude observar una abertura en la pared, abertura misma que aproveché para recargar mi vista y espiar el exterior. Me comencé a enfadar, ya que la dulce voz de cantante de bar de la misteriosa mujer me provocaba envidia.

Antes de apretar mis puños, previo a temblar de enojo, juro por Saturno que sentí su mirada en mi alma. Estábamos escondidas, no podíamos ser vistas, aunque me sentía desnuda en su presencia. Ella no vio a través de la misma abertura, pero permaneció inmóvil fuera de la ventana. Tragué saliva, presioné a Ximena en mi pecho. Esa mujer tenía una daga, ¿cierto?, ¿y si había visto mal?, ¿estas personas sí eran malas? Mi cerebro me obligaba a divagar. La lógica gritaba que estábamos en peligro, aunque el miedo me quería confortar haciéndome creer que la situación no era tan mala.

—¡Oye, tú! —Raúl gritó con todas sus fuerzas. Nos hizo sacudir a las dos de la impresión. El muy idiota tuvo que haber salido de su escondite. Seguramente la mujer misteriosa lo vio de inmediato, pero no teníamos más que una simple noción de su estancia, estábamos condenadas.

—¿Por qué me estás siguiendo?! —Raúl hizo lo imposible por hacerle creer que estaba solo. Hubo unos segundos de silencio—. Perdóname, niño, por un momento creí haber visto a una dulce muñeca escondida por aquí. —No podía contener más mi curiosidad, moví mi silla de ruedas jalando a Ximena conmigo.

Esa mujer estaba dándonos la espalda, a simples metros de distancia. La espalda desnuda de esa mujer exponía un tatuaje irreconocible para mí. *¿Qué es eso? ¿Es una runa? Nunca antes había visto ese símbolo.* Parece brillar. Parecían letras, aunque no era un idioma

extranjero, no parecía ser un tatuaje con tinta negra. ¿Era sangre? ¿Brillaba o era mi sugestión? No estaba segura, me irritaba que aquella mujer continuara cautivándome con el misterio que la rodeaba. Mi instinto infería que se trataba de algo demoniaco.

Por desgracia, confirmé nuestras sospechas: en su cintura vi una daga. Para nuestra desdicha eso no era todo, pues olía a fierro, a frío, a carne de animal congelada. Fuera parte de una secta que dañara humanos o no, deduje que puso fin a la vida de algo o alguien hacia muy poco.

Mi corazón se inflaba cual globo aerostático. *¡Raúl! ¡Corre! ¡Vete! ¡Tienes que irte! ¡Nos están rodeando!* Mi cara gritaba de desesperación, mis expresiones faciales buscaban alertar a mi Raúl, pero estaba escondida en la oscuridad, él no podía verme. No tuve el coraje de gritar, pues, de haberlo hecho, habríamos sido presas de aquella mujer.

Involuntariamente, cubrí mi boca. *¡Cobarde! ¡Miedosa! ¡Collona!* Recargué mi rostro a Ximena, cerré mis ojos.

—Es una pena que no seas tan listo. —Oímos a la mujer misteriosa chasquear los dedos.

A continuación, el sonido de un gran forcejeo, golpes, un enorme alboroto nos alertó a Ximena y a mí. Raúl parecía estar peleando, intentaba huir o lastimar a cualquiera que intentara alcanzarlo. Macetas, cubetas, algunas escobas o trapeadores, restos de pertenencias abandonadas se quebraban o salían volando alrededor del condominio en medio del conflicto que solo podíamos oír: *¡Suéltenme! ¡Quítense de encima! ¡No me obliguen a...!* —Un fuerte impacto en seco silencio todo.

Ximena y yo sudamos frío. ¿Habían noqueado a Raúl?, ¿y si lo habían apuñalado? No teníamos ni idea de que pasó, tan solo ahora Ximena me retenía para no asomarme. Asumí que ella tenía el presentimiento en el cual, si nos asomábamos una vez más, seríamos descubiertas.

Varias voces se alegraban de haber capturado a Raúl—: ¿No es conveniente esto? No, no lo es. Es una señal, nuestro señor ha proveído con el sacrificio de esta noche. Él prometió y cumplió. —Enseguida, varias personas, un grupo mayor al anterior por la cantidad de voces que aumentaron, celebraban la guía de aquella misteriosa mujer.

Fue ahí que sentí que todo se volvió personal. No sé si fue casualidad o no, pero aquella mujer susurró algo en nuestro escondite—: Espero y disfruten la verdad. —Bien pudo haberse dicho a ella misma esas palabras, es factible que se lo dijera entre dientes para sus seguidores. Pero yo creo que ese mensaje era para mí.

Los dedos de aquella mujer acariciaron las cadenas que retenían pobremente nuestro escondite. Mis ojos se pelaron al grado de estar por brillar como bombillas. Ximena avanzó

sosteniendo mi silla de ruedas con una calma irreal—. Ya no necesito mantener la fachada, Angélica. Dime, ¿no te gustaría conocer más del mundo de lo sobrenatural? —La siniestra voz de Ximena me reveló algo terrible. Ella trabajaba con... o para la mujer misteriosa.

—Ximena... Por favor...

Supliqué en silencio para no tener que entrar en conflicto, pero era imposible que me sobrepusiera en contra de Ximena, estaba a su merced. En cambio, solo escuchamos la risa de aquella misteriosa mujer a la par que la cadena caía al suelo y la puerta se abría.

—Buenas noches, muñecas. —Fueron las palabras de esa mujer.

Juan Pablo Preciado Bernal: Con formación académica de la Universidad de Guadalajara, seminarios internacionales, cursos y talleres para su formación como escritor, cuenta con diversas participaciones en revistas y antologías, además de haber publicado su primera novela de fantasía oscura. Su estilo está arraigado al folclor mexicano, a historias inspiradas en mitología nacional y leyendas, asimismo, las descripciones vívidas y criaturas horribles forman parte de su estilo.

IAI

JAVIER SAINZ

En la esquina de la Calle Cuatro se encuentra el Nexus Lounge, un lugar mal llamado bar que, más bien, es una cámara criogénica de placer. Las paredes son de un compuesto cerámico blanco, que están delineadas por luminosas líneas de un azul eléctrico, pulsando como venas energéticas bajo la piel de la estructura. En el centro, la barra luce como un altar de cuarzo blanco minimalista y prístino. Las botellas, alineadas con una precisión geométrica en estantes retroiluminados, parecían especímenes de laboratorio, no bebidas. En el suelo, un espejo negro de obsidiana sintética reflejaba las luces cenitales, duplicando el universo de neón hasta el infinito. Todo en el Nexus Lounge gritaba opulencia y soledad.

Un *beat* constante y controlado, nunca caótico de *Synthwave*, acompañan la plática entre Lalo y Poncho que ocupan dos banquetas de la barra, justo en el altar de cuarzo, sus vasos de whisky reflejan fugazmente los parpadeos del neón.

Lalo, de treinta y cinco años, es analista de datos, un hombre cuya mente habitaba cómodamente en la complejidad binaria. Sus gruesos anteojos de carey, más que un accesorio, eran el portal a su mundo interior, un filtro intelectual sobre unos ojos que ahora miraban al vacío con una melancolía reflexiva. La barba bien cuidada y la camisa con patrones diminutos le daban el aspecto de un intelectual bohemio. Llevaba el cansancio marcado en los pliegues alrededor de sus ojos. Era un hombre vencido, aunque todavía cortés.

Poncho, un año mayor, de ojos oscuros, poseía un carisma que, lejos de ser explosivo, era una cualidad inherente a su compostura. No era un encanto fácil, sino uno ganado a base de decisiones firmes y una ligera, pero persistente, capa de cinismo; un cinismo pulido por la experiencia. Su cabello, peinado con una precisión que no parecía esfuerzo sino naturaleza, revelaba las sienes que ya empezaban a honrar la experiencia con un tenue gris. Tiene puesta aún la camisa de trabajo, o lo que parece serlo, de un tono beige claro y funcional. En el universo de las multinacionales, Poncho no era un empleado; era una pieza maestra. Llevaba el peso de la gravedad de sus proyectos, esos rascacielos y complejos urbanos que, día a día, redefinían el

perfil de las ciudades. Poncho era el equilibrio perfecto entre la cortesía profesional y una inmutable confianza en sí mismo.

Lalo bebe de su whisky sin tomarle sabor, sin disfrutarlo, dubitativo y un tanto temeroso de lo que no se atreve a decir. Aunque el whisky ya ha hecho su trabajo, empieza a sentir un ligero mareo, pero de esos en donde se cree capaz ya de decir lo que piensa sin sentirse juzgado.

—A veces siento que la odio. No me deja tocarla, no deja que me acerque. Cualquier cosa la irrita, como si le molestara todo de mí. No me dice nada, no se sincera, solo huye ante cualquier posibilidad de una conversación adulta. —Su melancolía se ablandó de repente—: Y, sin embargo, a veces es la mujer más hermosa. Tan linda, tan amorosa, como cuando recién nos conocimos. Hasta se me hace un nudo en el pecho del amor que siento por ella.

Poncho asintió con la cabeza, sin palabras, con la seguridad silenciosa de quien ha naufragado en las mismas aguas. Bebió de su vaso.

La frustración de Lalo estalló—: La amo, de verdad que sí, pero son esas actitudes tan cambiantes... —Sus manos, temblorosas y grandes, se cerraron en el aire, simulando un estrangulamiento silencioso y violento—, que me asfixian y me sacan de mis casillas, ¿sabes?

Poncho tomó la botella llenando generosamente ambos vasos. Bebieron un trago espeso—: Ay, carnal, ¿qué te digo? —murmuró Poncho con una resignación que rozaba la derrota.

—Dime exactamente lo que piensas —insistió Lalo, con una inquietud que le hacía tamborilear los dedos en la barra—. Sé que tu matrimonio es estable, bueno, al menos eso creo.

Poncho hizo una mueca, un gesto ambiguo que movió la cabeza de lado a lado. Bebió de nuevo. Su voz, cuando habló, se tiñó de un cinismo teatral—: Aaaay, el matrimonio... esa jaula que nosotros mismos elegimos.

Lalo intentó una sonrisa, incómoda y breve.

—La clave de un matrimonio perfecto, Lalo, no es el amor —sentenció Poncho con inusual seriedad.

—¿Ah, ¿no? ¿Entonces, qué es? —El tono de Lalo era puramente irónico.

—La clave —dictaminó Poncho—, es dejar que alguien más se encargue de las partes difíciles.

Lalo, genuinamente intrigado, se inclinó—. Y eso, ¿cómo se logra?

Poncho volteó la cabeza a ambos lados, asegurándose de que el camarero somnoliento estuviera fuera de alcance auditivo. Se acercó a Lalo, su voz apenas un siseo conspirador:

—Con un clon.

Lalo soltó una carcajada estridente, incrédula—. No mames, Poncho, ahora sí te la mamaste.

Pero Poncho se quedó quieto, sus ojos oscuros sin rastro de burla. Lalo, al darse cuenta de que no era una broma, se puso serio también.

Poncho deslizó el celular de su abrigo. La pantalla se iluminó: un video mostrando al *otro* Poncho. Estaba sentado en un sillón familiar, abrazando a su esposa. Ella reposaba en su regazo mientras él le acariciaba el cabello con una ternura artificialmente perfecta.

—¿Y este video qué onda?, ¿o qué? —preguntó Lalo, confundido, sin dejar de mirar la pantalla.

—Es en mi sala, en este momento —dijo Poncho, sin mirarlo—. Dejé una cámara escondida.

Lalo miró a Poncho y luego a la pantalla, con una incredulidad que lo hacía temblar—: Esto... no puede ser real.

—Es tan real como ese whisky que tienes en la mano —replicó Poncho—. Lo encargué por medio de una agencia. Genética avanzada, inteligencia artificial... Todo el paquete. No hay peleas, no hay dramas. Yo hago lo que quiero y él mantiene todo en orden en casa.

—¿Y cómo lo conseguiste?, ¿dónde? No sabía que eso existiera, la verdad no te creo. —La incredulidad de Lalo era palpable.

—No te puedo dar detalles —replicó Poncho con firmeza—. Te hacen firmar un acuerdo de confidencialidad, pero es real. —Sacó de su cartera una tarjeta de presentación: negra, opaca, con solo un número de teléfono impreso en una tipografía plateada y fría—. Ten, lo necesitas y, sobre todo, te lo mereces.

Lalo, más calmado, jugó con la tarjeta en su mano—: ¿Nunca te ha pesado... no sé, moralmente?

Poncho se encogió de hombros—. ¿Moralmente? Vamos, Lalo. ¿Qué es la moral cuando nadie sale lastimado?

Lalo replicó—: Pero ¿y si el clon... no sé, cambia? ¿Si deja de ser lo que es?

Poncho se ríe—. No tienen alma, solo hacen lo que tú no quieras hacer.

Entonces Lalo formuló la pregunta que había estado flotando entre ellos como un fantasma—: ¿Y yo cómo sé que ahora no eres tú el clon y el que está con tu esposa es el verdadero tú?

Poncho volvió a reír—. Lalo, Lalo, siempre tan perspicaz. Te digo que no puedo decir nada. —Tomó la cabeza de Lalo por la nuca con una firmeza inesperada. La voz de Poncho se convirtió en un susurro grave—: Soy yo, carnal, soy yo.

Soltó a Lalo y sirvió dos copas más, su rostro volviendo a la alegre superficialidad—. Vamos a cambiar de tema. Vamos a celebrar que por fin nos pudimos juntar, con eso de que tu vieja nunca te da permiso. —Se echó a reír con un tono falso—. Es broma, mi Lalo

Poncho abrazó a Lalo brevemente, le entregó el vaso. Chocaron las copas.

—Salud.

—Salud —respondió Lalo. El whisky ardiente en su garganta—. Por ellas, aunque mal paguen. —Ambos rieron, las risas se fundieron con la música.

Horas más tarde.

Lalo, pensativo, está de pie en la puerta de su casa, abre con sumo cuidado para evitar hacer algún ruido. La hoja de la puerta, de un negro antracita y textura mate, carecía de bisagras visibles. No era una puerta, era un bloque de acceso sólido e impenetrable. El silencio de la casa no era de paz, sino de acecho; un silencio doméstico, espeso, que Lalo cruzó con un sigilo de ladrón.

En el baño se lava las manos. Se mira en el espejo, su propio reflejo parecía un extraño. La tarjeta negra que Poncho le había dado yacía junto al lavabo. La tomó, sacó su celular y marcó el número.

La respuesta vino inmediatamente. Una voz de inteligencia artificial fría y sintética, sin inflexión—: *International Artificial Intelligence. How we can help you?*

Lalo permaneció en silencio, dubitativo, el auricular pegado a su oreja. Apretó los ojos, queriendo hablar, el impulso de la desesperación latiendo en su pecho. Pero no pudo. La duda lo paralizó y la llamada se cortó en el vacío.

Entró a la cocina. Sobre la mesa del comedor, una cena perfectamente servida lo esperaba: una ofrenda silenciosa. Un aroma reconfortante que se sentía fuera de lugar en la oscuridad. Junto a su plato, una pequeña nota doblada. Lalo la tomó, leyéndola en la penumbra:

“Te amo. Te extrañé todo el día”.

La nota, firmada por Dani, su esposa, lo conmovió. La sostuvo un momento, un destello de calor en la frialdad de su alma, y la dejó donde estaba. Sacó la tarjeta de su pantalón, la observó un segundo más, ese frío pedazo de promesa siniestra, y finalmente la arrugó con la mano, metiéndola de nuevo en su bolsillo. Subió las escaleras.

La luz tenue de una lámpara de buró iluminaba la recámara. Dani dormía profundamente. La luz, suave y ámbar, creaba un aura casi angelical alrededor de su escultural figura, que parecía más una pose diseñada. Su figura, curvilínea y deliberadamente provocativa, apenas estaba cubierta por un camisón de algodón gris que se arremolinaba sin cubrir del todo sus muslos. Estaba acurrucada de lado en la cama revuelta, los brazos recogidos, una imagen de vulnerabilidad tierna que, para el observador, era una tentación tangible.

Lalo se acerca a la cama, observándola con una mezcla de ternura recién recuperada y una libido incontrolable avivada por el alcohol. Desliza la mano para tocar los muslos de la musa durmiente quien, de manera sospechosa, no usa pantaletas. La piel de Dani estaba tibia bajo el camisón. Al sentir el roce, un gemido suave y contenido escapó de sus labios, una invitación silenciosa. Lalo, presa de una excitación creciente, percibió la invitación. Ambos se ofrecieron a una sumisión total, abriendo el paso a la conexión. Impulsado por el ímpetu, el acto fue breve. El alcohol y el agotamiento lo vencieron. Reclinó su cabeza sobre el pecho de Dani para dormir.

En ese instante, Lalo se congeló.

Un recuerdo fugaz del bar se disparó en su mente: Poncho obligándolo a acercar su oreja a su pecho—: Escucha mis latidos, es la prueba que soy yo, carnal, con el clon se escuchan como zumbidos, así como del celular, pero al ritmo de tic-tac, una mamada parecida.

Los latidos de Dani no eran latidos. Eran un zumbido rítmico, un bzzzt-bzzzt mecánico, sordo y constante, como el vibrar de un teléfono o el corazón electrónico de una máquina.

El zumbido continuó, monótono, implacable. El rostro de Lalo se contorsionó en una máscara de tristeza, al borde del llanto. Pero, en el siguiente instante, el dolor se transformó en una ira helada y espantosa.

Se incorporó, sus manos temblando no de miedo, sino de una furia asesina. Las clavó en el cuello de la *otra* Dani. Apretaba con todas sus fuerzas como si la vida dependiera de ello. Ella lo miró con los ojos abiertos, sin sorpresa, con una ternura extraña y absoluta, mientras tomaba sus antebrazos con mansedumbre, sin oponer resistencia.

La escena transiciona lentamente a través del lente de una cámara escondida, instalada en la recámara.

Dani está sentada en la orilla de una cama en un departamento desconocido, su rostro marcado por la tristeza y la fatiga. Sostiene el celular en el que se ve la escena grotesca de Lalo estrangulando al clon de ella. Susurró, su voz rota—: Yo solo quería que fueras feliz.

La puerta de la recámara se abre. Una niña de cinco años, somnolienta, apareció en el umbral.

—Mamá, tengo hambre.

Dani se secó las lágrimas con la manga de su suéter. Bloqueó la pantalla de su celular, guardando el video del intento de crimen de su esposo, el hombre que ella había amado lo suficiente como para reemplazarse.

—Sí, mi amor —respondió Dani, su voz volviendo a una normalidad superficial—.

Vamos a la cocina.

Javier Sainz: Ingeniero mecánico y creador audiovisual. Escribe cuentos de terror y realiza cortometrajes donde explora lo sobrenatural y lo psicológico. Su trabajo combina avances tecnológicos con una mirada narrativa oscura interesada en los miedos cotidianos, el silencio y aquello que permanece oculto bajo la realidad.

CAFÉ EL CREDO

LIGIA SILVA

Capítulo uno. El encuentro

Aesa hora la cafetería El Credo tenía el aroma perfecto: una mezcla entre café recién molido y madera vieja. Paola solía ir cada jueves, sentarse junto a la ventana y fingir que leía. Le gustaba observar sin ser vista. Sabía que, tarde o temprano, aparecerían los otros dos.

Robert entró primero. Llevaba el mismo abrigo gris de todos los días y una expresión que intentaba parecer calma, pero no engañaba a nadie: algo en su mirada revelaba una ansiedad contenida. Detrás de él llegó Mainly, con un paso más ligero y una bufanda verde que contrastaba con su cabello oscuro. Se saludaron con un gesto breve, apenas una cortesía entre extraños que se reconocen sin conocerse. Así empezaba el día.

Aquella mañana los tres habían despertado distintos. Paola aún sentía el eco de la llamada que había recibido a las seis: una voz lejana diciéndole que algo en su pasado había salido a la luz. No entendía del todo por qué le afectaba tanto, pero le temblaban las manos. Quizá por eso decidió hablar esta vez, romper el silencio de tantos jueves.

—Siempre pides capuchino doble —le dijo a Robert sin mirarlo directamente.

Él levantó la vista, sorprendido.

—Y tú siempre lo acompañas con una libreta que nunca abres —respondió, sonriendo apenas.

Mainly los observó desde la mesa contigua y, por primera vez, se atrevió a intervenir.

—Y yo siempre pienso que ustedes parecen conocerse desde hace años.

Así comenzó todo: una conversación sencilla, casi inocente, que poco a poco fue abriendo grietas. Ninguno de los tres dijo la verdad esa mañana. Mintieron, cada uno a su manera, para parecer más normales, más seguros, más aceptables. Pero bajo esas palabras cuidadas, los tres escondían algo que, sin saberlo aún, los uniría más de lo que imaginaban.

Capítulo dos. Las versiones que se cuentan

El reloj marcaba las once y media. Afuera comenzaba a lloviznar, y el murmullo de la lluvia se mezclaba con el sonido de las tazas y el leve zumbido del molinillo de café. Paola pensó que aquel día tenía un aire distinto, como si algo invisible los hubiera reunido con un propósito que ninguno comprendía todavía.

—Hoy fue un día pesado —dijo Robert, rompiendo el silencio—. Perdí algo importante... pero ya no vale la pena pensarla.

Mintió. No había perdido algo, sino a alguien. Pero prefirió resumirlo así, en una frase neutra, como si las palabras pudieran borrar la verdad.

Mainly giró su taza, observando cómo el vapor formaba figuras efímeras.

—A veces perder es una forma de empezar —respondió—. Yo también tuve una mañana difícil. Discutí con alguien del trabajo. No me gusta cuando me hacen sentir pequeña.

Paola notó el leve temblor en su voz, pero no dijo nada.

—Yo... no sé qué me pasa últimamente —confesó—. Siento que todo se mueve muy rápido y yo me quedo atrás.

Tampoco era del todo cierto. Paola no estaba cansada del ritmo de la vida, sino de una sombra que la seguía desde hacía semanas: una decisión tomada y nunca dicha.

Sonrieron con cierta complicidad. La conversación continuó entre bromas y silencios largos, hasta que Robert propuso pedir otra ronda de café.

—A veces pienso que este lugar tiene algo raro —dijo—. Siempre está lleno, pero uno siente que aquí el tiempo se detiene.

—Sí —asintió Paola—. Es como si todos viviéramos cargando algo, y el café fuera solo una excusa para suavizar el peso... para convencernos de que callar es más fácil.

El silencio se prolongó. Afuera, la lluvia se volvió más intensa. Mainly pensó en la carta que no se había atrevido a abrir esa mañana. Robert recordó el mensaje que nunca respondió. Paola sintió, por primera vez, que algo en su pecho comenzaba a aflojarse.

No lo sabían todavía, pero ese día sería el primero de muchos jueves compartidos. Desde entonces, el Café El Credo se convirtió en un refugio donde las mentiras se desgastan lentamente, hasta dejar a la vista las verdades que cada uno había intentado ocultar.

Capítulo tres. El mirador

La lluvia había cedido cuando Robert propuso salir.

—¿Por qué no vamos al mirador? Desde ahí se ve el Hudson. A veces me ayuda a aclarar las cosas.

Paola dudó unos segundos. No solía aceptar invitaciones improvisadas, y menos de personas que apenas conocía. Pero algo en la voz de Robert, en su cansancio sincero, la convenció. Mainly también asintió.

Caminaron bajo un cielo gris que empezaba a abrirse. El aire olía a tierra mojada y hojas caídas. El sonido del río llegaba suave, como un murmullo constante. Se sentaron frente al horizonte. El silencio no era incómodo; tenía la calma de lo que estaba a punto de revelarse.

—Este lugar me recuerda a alguien —dijo Robert—. A alguien que ya no está.

Respiró hondo antes de continuar.

—Hace un año perdí a mi hermano. No fue un accidente. Fue algo de lo que nadie quiso hablar. Mi hermano ya no quería vivir. Desde entonces vengo aquí. Pensé que, si miraba suficiente tiempo el río, entendería algo. Pero solo aprendí a fingir que todo está bien. Nunca creí que se atrevería a...

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Paola comprendió la fragilidad detrás de su voz firme. Mainly lo miró con una ternura silenciosa.

—A veces uno finge para no romperse frente a los demás —dijo Paola en voz baja.

El río siguió su curso, indiferente. Paola pensó en todo lo que aún no decía, en la verdad que seguía evitando. Sintió que aquel momento era el inicio de algo, o tal vez el principio del fin de sus silencios.

Capítulo cuatro. La noche de la cerveza

El viernes siguiente cambiaron el café por cerveza. El bar era cálido, con luces bajas y música suave. Por primera vez se sentaron sin reservas, como si se conocieran de años.

—Brindemos —dijo Mainly—, por sobrevivir a la semana.

Después de la segunda cerveza, Paola habló.

—A veces me siento una impostora. Como si llevara años fingiendo ser alguien que los demás esperan.

Respiró hondo.

—Hace unas semanas dejé mi trabajo. No porque quisiera... sino porque me descubrieron. Robé dinero. No lo necesitaba. Solo quería sentir que aún tenía control de algo.

Las palabras salieron con el peso de haberlo guardado demasiado tiempo.

—Desde entonces no duermo bien. Pensé que ir al café me ayudaría a olvidarlo, pero no fue así.

Mainly tomó su mano.

—Todos hemos hecho cosas por miedo —dijo—. Y todos tenemos algo que reparar.

Robert asintió en silencio. Paola sintió que algo se rompía dentro de ella, pero no con dolor, sino con alivio.

Capítulo cinco. Lo que Mainly callaba

Días después se reunieron en un pequeño jardín frente al río. Paola notó que Mainly estaba distinta.

—Llevo tanto tiempo diciendo “sí” a todo —confesó— que olvidé cómo se siente decir “no”.

Habló de la relación de la que huyó, del miedo, del aislamiento, de las noches sin dormir.

—Pensé que ver vidas normales me ayudaría a empezar de nuevo —dijo—, pero seguía mintiendo.

—Aquí nadie te mira con lástima —respondió Paola—. Todos estamos intentando volver a empezar.

Mainly sonrió apenas. El peso del secreto se volvió más ligero.

Capítulo seis. El regreso a El Credo

Una semana después regresaron al Café El Credo. Todo parecía igual, pero algo había cambiado. Ya no había tensión, ni silencios incómodos.

—¿Recuerdan la primera vez que hablamos aquí? —preguntó Robert.

—Mentimos todos —respondió Mainly.

—Y fingimos estar bien —añadió Paola.

Brindaron con sus tazas. No había promesas, solo una paz discreta. Paola miró alrededor y pensó que, quizás, el tiempo no se detiene: solo cambia de ritmo cuando uno deja de huir de sí mismo.

Antes de irse, dijo:

—Creo que todos veníamos buscando algo... y aquí lo encontramos.

Salieron juntos. Mientras caminaban, Paola pensó que eso era lo más cercano a la libertad: no tener que esconderse más y contar con personas que podían compartir un silencio, un secreto, un café...

Ligia Silva: Le gusta compartir historias que reflejen la naturaleza de la vida y la sensibilidad. Con experiencia en traducción de textos literarios, nos comparte una breve historia.

LA MOJADA

RUBÉN ROSARIO VICARRO

Qué necia que fui al querer casarme con Ricardo, quizá papá tenía razón, quizá habría sido mejor que aceptara de pretendiente al hijo de don Romero, el dueño de la cantera, pudiendo así tener mi boda más grande de la que esta fue, en un salón de fiestas; grande, con pista de baile y hasta terraza para escaparse a fumar por si uno quiere. Pero no, preferí que la fiesta fuera hecha en medio de la calle, cerrándole el paso con el permiso de los vecinos a cambio, claro, de invitarlos y prometerles una buena porción del pastel. Tal vez si le hubiera hecho caso a papá me habría ahorrado las miradas de desbordante molestia de los padrinos de fiesta y las críticas a voces de los invitados por terminar mojados de pies a cabeza mientras vestían sus mejores ropa para ese evento; vestidos, camisas y sacos que casi no salían de paseo con sus dueños se arruinaron casi de manera irremediable.

Mamá evitaba mirarme, pero no era necesario que sus ojos se posaran en mí para saber que, de todas las metidas de pata que cometí, esta se llevaba el premio a la peor de todas. De seguro pensó: "ay, con esta chamaca, tanto que nos matamos porque se forjara un futuro y termino casada con este tipejo".

Papá, por otra parte, no estaba envuelto de furia, el ceño fruncido que cargaba siempre cada que yo hacía algo que era "malo para mí" según él, no hizo acto de presencia en la boda, sino que fue todo lo contrario. En él estaba impresa la decepción; se metía los labios dentro de la boca y las lágrimas se le escurrían de los cachetes, o tal vez solo eran las gotas de lluvia. Me había acostumbrado a que cada que yo hiciera algo por Ricardo —escaparme de la escuela, irme a su casa o meterlo a escondidas a la nuestra—, papá explotara rojo de ira, me gritara y me insultara diciendo: "pinche chamaca" o "ya andas de puta". Al fin y al cabo, son solo palabras y estas siempre se pueden enterrar con palabras bonitas, con un: "te quiero, mijita", "cuídate, mijita", "te invito lo que te gusta". Pero esos ojos que ponía en mí no se me olvidarían porque sentía cómo comenzaban a alojarse en mi estómago y me hacían querer vomitar.

Me volteé para ver a Ricardo. Los rizos de su cabello se habían aplastado por recibir tanta agua, algunos le cubrían la vista, pero no la risa burlona que sacaba cada que ocurría una

desgracia ocasionada por su culpa; con sus dientes chuecos, amarillentos y siempre con olor a la comida de ayer. No pude darle una cachetada enfrente de todos, ya tendría suficiente con ser ubicada como “la mojada”, o al menos eso alcancé a escuchar de un invitado. Ricardo se me acercó al odio y la lluvia que se alojó en su cabello alcanzó a caerme encima del cuello, mientras lo único que pudo decir para excusarse fue—: Es que tuve que ocupar el dinero de la lona para pagar otro dinero que debía.

EL VAGÓN DEL METROBÚS

RUBÉN ROSARIO VICARRO

Hoy me siento más cansado que de costumbre. Llegué muy de noche a casa, casi a las diez, justo en la hora donde los malandros salen a ver si logran pescar algún tonto para quitarle sus cosas. Me alegro de ya no estar en la calle en estos momentos.

Tiré mis cosas en el sillón de la sala; mi portafolio marrón de cuero y el saco negro de mi traje. Vaya día que he tenido, el viaje en el metrobús fue, sin duda, un infierno, el calor de tantas personas amontonadas igual que las sardinas de una lata barata del supermercado hacia sudar a mi cuerpo en partes que no sabía que podían sudar.

Junto a mí se sentó una señora con su bebé, el pequeño no tendría más de un par de meses y, como ya deben imaginarse, comenzó a llorar desconsoladamente; lo más probable es que quisiera que su madre lo alimentara. La señora sacó de su pañalera un biberón con leche de formula, al parecer es de esas madres que no les gustan que los hijos "les arruinen la imagen".

La señora es bastante guapa, eso es innegable. Piel de un moreno igual al de cuando uno se prepara una buena taza de leche con chocolate, labios carnosos y brillantes por el labial untado en su boca, cabello rojizo y lacio. Era esbelta, pero sin exagerar, de cierta forma el embarazo hizo su trabajo en su figura; caderas anchas y pechos grandes que provocaban un escote involuntario en su blusa. Una mujer hermosa, de esas que parecen creadas de la nada, que parece que el tiempo no avanza para ellas, que no parecen haber sido primero bebés, niñas y luego jovencitas.

El bebé guardó silencio por un rato, pues su boca estaba ocupada con el biberón. La madre miró al vacío, o al menos esa impresión me daba, tenía las pestañas recién hechas del salón, o por lo menos había sido reciente su visita a la estética.

Un par de estaciones pasaron, hasta que por fin el bebé terminó de comer y comenzó a llorar de nuevo; derramando lágrimas y soltando aullidos por todo el vagón. La madre lo consolaba sin descansar, pero no parecía surtir efecto alguno, solo el propio cansancio del bebé por llorar lo hizo dormirse profundamente en su brazos.

Llegamos a la estación del parque San José y ella terminó bajándose junto con su hijo, desapareciendo con el atardecer de las siete.

Ahora estoy aquí, acostado boca abajo sobre mi cama, repensando en ella, en esa madre que llevaba a su hijo sola. No paraba de rondarme por la cabeza un montón de ideas sin sentido: ¿será que es madre soltera?, ¿será que su esposo es un pendejo? Me hacían creer que, de alguna manera, yo podía estar con ella, su hijo no era un impedimento para mí, siempre quise tener un hijo, para demostrarle que podía ser mejor padre que mi padre.

Tal vez mañana vuelva a encontrármela en el metrobús cuando vaya de camino al trabajo o quizá cuando vuelva de regreso a casa, no importa realmente el momento, solo quería volver a verla y poder hablarle, aunque fuera solo por un segundo, aunque fuera solo para pedirle la hora, me sentiría satisfecho de conocer su voz; la manera en la que habla y se expresa. Tal vez ya estoy delirando un poco. ¿Qué tal si es esposa de un buen hombre? de alguien que trabaje y provea lo necesario dentro de su hogar. Aunque, bueno, de ser así ella no andaría en el transporte público con su hijo molestando a los pasajeros.

He tomado una decisión, voy a hablarle; ya pensé qué decirle, cómo decírselo y cómo actuar frente a ella para asegurarme de que me note. Me levanté y fui directamente al escritorio para ponerlo en un papel antes de olvidar por completo mi perfecto plan.

Al fin terminé de escribir mi plan. Realmente es una pendejada el haber escrito cómo acercarme a una mujer, soy un puto fracasado. Mejor lo utilizaré para prender la hornilla de la estufa y calentarme de comer.

La sopa de verduras está hirviendo, la serviré en un plato hondo, es una cena muy simplona. Al terminar de comer coloco los trastes en el fregadero para lavarlos mañana antes de irme de nuevo al trabajo. Regresé a mi habitación; apagué las luces y luego me acurruqué entre las sábanas. En el reflejo del foco se alcanzaba a ver su recuerdo; sentada en compañía de su bebé y con su mirada brillante.

El sueño comenzó a pesarme en los párpados, no quería dejar de ver aquellos ojos, incluso si solo se trataba de un reflejo alucinado. Comencé a olvidarme en la oscuridad, a olvidar aquel enamoramiento nacido en el vagón del metrobús, no sin antes recorrer mi mente hasta que finalmente pudo escaparse.

POLVO O MAÍZ

RUBÉN ROSARIO VICARRO

Alguna vez de niño me contaron que veníamos del polvo y, que más tarde que temprano, volvemos ahí. Así que comencé a cavar hoyos en el patio de mi casa para esperar el día en que los llenara con mi cuerpo. Para desgracia mía, mi madre no había escuchado aquel relato. Me regañó cuando me vio en medio de mi labor y me mandó a vivir con mi abuelo.

Ya de joven me contaron que veníamos del maíz. Pero ¿qué es el maíz sino polvo previamente hecho planta? Así que volví a cavar hoyos, pero ahora más pequeños y en el terreno de mi abuelo, sembrando pedacitos de mi piel en lugar de semillas, esperando que naciera las milpas. Mi abuelo se preocupó al ver que no nacían las milpas y fue entonces que le conté de mi labor. Me tachó de insensato, se molestó y me llevó de regreso con mi madre.

Ahora ya no me hallo ni en la ciudad ni en el campo. Ya no sé si soy polvo o soy planta, ya no sé de cuál vengo, ni a cuál volveré. Aunque supongo que cualquiera de los dos está bien, siempre y cuando no tenga que sentir de nueva cuenta cómo la mañana me obliga a abrir los ojos.

Rubén Rosario Vicarro: Egresado de la Licenciatura en Comunicación, actualmente es profesor de educación primaria en el área de Lingüística y escritor durante el resto de su día. Ha participado en la publicación de dos antologías con Letraria Editorial, pero, mayormente, ha difundido sus obras a través del blog de escritura FuenteTaja.

revista

musa

literaria